

# 4. La dimensión secular

Pier Giorgio M. Di Domenico

Copyright©Piazza San Marcello 5, Roma, Italia

bajo la dirección del *Regnum Mariae*

## INDICE

### 1. «Todas las cosas han sido creadas con un fin» (Sir 39, 21)

Desierto y Espíritu  
Palabra creadora  
Separación  
Creación del hombre  
Era una cosa buena  
Servicio en el mundo

### 2. A imagen y semejanza de Dios

Poder y mansedumbre  
Dominación del hombre  
Trabajo como servicio  
Trabajo como liturgia  
A disposición de todos

### 3. Enséñanos a contar nuestros días

El séptimo día  
Para todo hay un momento...  
Desde siempre y por siempre tú eres,

Señor

La jornada de Jesús  
«... activa y silenciosa»

### 4. Fidelidad al mundo

La gloria del Padre y del Hijo  
Fue a su casa...  
Elegidos a partir del mundo

Perfectos en la unidad  
Testimoniar el Evangelio ... permaneciendo en el mundo

### 5. Fieles a Cristo y a su misión

Las raíces de la iglesia  
Cristo nuestra paz  
La familia de Dios  
Vivir con amor el misterio de la Iglesia

### 6. Testigos de esperanza y de caridad

En un mundo hostil  
Extranjeros y peregrinos  
En Cristo  
Fraternidad  
«Impulsados por el amor de Cristo...»

### 7. Libres para amar

El amor del Predilecto  
Recapitulación  
El mandamiento del amor

### 8. «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5a)

**Una comunidad unida en la fe y en el amor**  
La nueva creación  
La ciudad-esposa  
Responsabilidad

## 1. «TODAS LAS COSAS HAN SIDO CREADAS CON UN FIN» (Sir 39, 21)

*Palabra para la lectio:* «Dios vio todas las cosas que había creado, y vio que eran buenas» (Gen 1, 31)

*Regla de Vida del Regnum Mariae 46:* «Vivamos nuestra secularidad operando en modo directo y concreto en las realidades temporales, en las cuales nos encontramos, para dirigir las a Dios por medio de Cristo»

El estudio comunitario de este año pone al centro de la reflexión, el mundo creado “bueno” por Dios, y nuestra relación con éste: un tema central, perteneciente “a las raíces de nuestro carisma” de personas que dedican la propia vida al Evangelio permaneciendo inmersas en las realidades mundanas. Este estudio es continuación de cuanto se ha profundizado en el curso de los últimos tres años. En el primer año, hemos tratado de entender, a través de la lectura de la *Legenda de Origine*, cómo nuestra vocación de «silenciosas portadoras de Cristo» en el mundo, se conjuga con la herencia espiritual de la familia de los Siervos. En el segundo año, hemos tomado de la Regla de San Agustín, fundamento de nuestra *Regla de Vida*, la inspiración para una vida de servicio en el mundo iluminada por la contemplación gratuita de la Belleza. Finalmente, en el último año, la misma Virgen María, de la cual nuestra familia desea prolongar en la historia de la salvación «la presencia activa y silenciosa», nos ha guiado a las fuentes de la verdadera Vida y de la creación renovada».

En esta prima ficha, recogeremos del primer capítulo del libro del *Génesis*, aquéllos elementos útiles para la comprensión y la actuación del artículo 46 de la *Regla de Vida*.

Los capítulos del Génesis sobre la creación (1-11) narran los orígenes del mundo, no para documentar lo que realmente ha sucedido – sabemos bien que la Biblia no es un libro científico y no quiere proponer reconstrucciones científicas -, sino para mostrar lo que se encuentra a la raíz de nuestra vida y de nuestra historia, acoger el sentido de este mundo y del hombre que vive en él. Por esto hemos elegido como título de este esquema Sir 39, 21. Orígenes del mundo que no nos llevan al pasado, sino se encuentran en la base para un discurso sobre nuestro presente, sobre el mundo en el que hemos sido llamados a vivir y a trabajar.

La narración bíblica de los “orígenes del mundo” se sirve de un lenguaje mitológico propio de los pueblos del antiguo Oriente mesopotámico. Que la palabra “mito” no quiera decir “fábula” y también éste, un dato adquirido por todos. El mito es una forma de explicar la historia; es, como dice el filósofo Ricoeur, una «interpretación narrativa del enigma de la existencia». ¿Por qué existimos? ¿Por qué existe este mundo? A estas preguntas, la Biblia trata de responder recurriendo no a conceptos filosóficos, sino a relatos. La cultura semítica, de hecho, no es capaz de hablar por abstracciones; el suyo, es un lenguaje realístico-simbólico; a través de la descripción de los hechos, logra expresar un concepto.

Cuando se encuentra ante conceptos difíciles de explicar, como “creación” o “la nada”, la Biblia adopta el lenguaje mitológico propio de las culturas cercanas a ella. En el primer capítulo del Génesis, no encontramos la fórmula “creación de la nada”; ella recurrirá sólo más tarde, y precisamente en el segundo libro de los Macabeos (mitad del II siglo a.C), en una época en la que el encuentro con la civilización griega ha dado nuevas posibilidades expresivas. En este libro leemos: «Sepas tú que Dios ha creado (el cielo y la tierra) no de cosas que ya existían» (7, 28).

## Desierto y Espíritu

Sin entrar en cuestiones demasiado complicadas, como es la de la “teoría documentaria” del Pentateuco, hoy puesta a revisiones y consideraciones, recordamos sólo que el primer capítulo del Génesis es parte de la llamada “tradición sacerdotal”, es decir, un conjunto de textos redactados en ambiente sacerdotal en época del post-exilio, hacia el 400 a.C.<sup>[1]</sup>

«En el principio Dios creó el cielo y la tierra. Ahora la tierra no era uniforme y estaba desierta, y las tinieblas cubrían el abismo y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas» (Gen 1, 1-2). El autor así imagina la nada inicial en el caos: la tierra era un desierto sin vida, una plataforma, cubierta completamente por el agua y sostenida por columnas que se levantaban en el abismo, sumergido por las tinieblas. Así dice el Salmo 104, 5-6: «Ha fundado la tierra sobre sus fundamentos, nunca podrá temblar. / El océano lo cubría como un manto, / las aguas cubrían las montañas». El agua es el símbolo de la nada que es el grande enemigo de la creación, un enemigo perennemente al acecho, que sólo Dios puede controlar: «¿Quién ha encerrado entre dos puertas el mar, / cuando surgía del seno materno, / cuando lo circundaban las nubes como velos / y pañales de niebla? / Después les di un límite / y coloqué cerraduras a las puertas / y dije: “Hasta aquí llegará y no más allá/ y aquí se romperá el orgullo de tus olas”» (Job 38, 8-11; cfr. También Prov 8, 29).

«Sobre la faz de las aguas» aletea, o sobrevuela el Espíritu de Dios<sup>[2]</sup>. El hebreo *rúach* puede indicar ya sea el “viento” o ya sea el “espíritu”, es decir el soplo vital divino o humano. A algunos exegetas les gusta más presentar el viento y, considerando como un superlativo el complemento de especificación “de Dios”<sup>[3]</sup>, traducen: un viento impetuoso, o una terrible tormenta que movía las aguas. En este sentido, *rúach* sería otro elemento

que indica el caos o la nada primordial. Pero es precisamente este carácter negativo el viento, que no se encuentra en otras concepciones cosmogónicas orientales, donde el viento es en cambio aliado de las fuerzas creadoras en contra del caos, y tener preponderancia en la interpretación tradicional, como en realidad se pone en relieve en otros pasajes bíblicos<sup>[4]</sup>. En este sentido, entonces el texto sagrado pone en contraste entre la primera parte (desierto, tiniebla, abismo) y la segunda parte (el espíritu de Dios) el versículo 2 del Génesis 1. Podremos ahora presentar así el versículo: «la tierra estaba sin forma y desierta y las tinieblas cubrían el abismo, *pero* el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas».

Con el Espíritu Santo, es decir, con el Amor de Dios que ya invade el caos primordial, la historia de la creación del mundo se vuelve historia de salvación, nuestra historia, es decir, historia del amor de Dios por nosotros que estamos sumergidos en las tinieblas. La exégesis, que Agustín elaboró en relación a este versículo del Génesis, acoge esta realidad nuestra de tiniebla y de nulidad sobre la cual, no obstante, aletea el Espíritu creador de Dios. «Aquí se presenta en forma de enigma la Trinidad, que eres tú, Dios mío, ya que tú eres el Padre que en el Principio, en tu Sabiduría que proviene de ti, igual a ti y coeterna en ti, es decir, en tu Hijo, has hecho el cielo y la tierra. Y largamente escribí sobre el cielo y la tierra, invisible y sin orden, y sobre el abismo de tinieblas, interpretado como uniformidad ondulatoria, en una deficiencia de seres, si ésta, o cualquier otra vida, no se hubiera dirigido a su autor, volviéndose, gracias a la iluminación, una vida espléndida, originando el cielo, a partir del cual después se obtuvo agua y agua. Ya había adjudicado al Padre con el nombre de Dios que creó estas cosas; el Hijo ensombrecido en la palabra Principio, en el cual las creó; y creyendo, como efectivamente creía, que mi Dios es Trinidad, la buscaba en sus santas palabras, y finalmente, he ahí tu Espíritu que aleteaba sobre las aguas. He ahí mi Dios Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu santo, creador de todas las criaturas»<sup>[5]</sup> «Ya que tu Espíritu se movía sobre las aguas, tu misericordia no abandonó nuestra miseria y dijiste: “Se haga la luz. Haced penitencia, porque el reino de los cielos está cerca. Haced penitencia. Se haga la luz”.... Nuestras tinieblas ya no nos agradan y nos dirigimos a ti y se hizo la luz. Fuimos, por lo tanto, un tiempo tinieblas, ahora, en cambio, somos luz en el Señor».<sup>[6]</sup>

## Palabra creadora

Desierto, abismo, aguas, tiniebla, son las expresiones de la tremenda nulidad, sobre las cuales se presenta el Amor creativo de Dios. Ahora Dios habla y su palabra vence a la nada. «Dios dijo: “Se haga la luz”. Y la luz se hizo» (Gen 1, 3). El mundo sale de la nada a través del “decir” de Dios: este decir divino ocupa todo el primer capítulo del Génesis (v. 3.6.9.11.14.20.24.26.28.29). La palabra está al inicio de la creación y la palabra todavía está presente cuando la creación alcanzará su plenitud. «El Verbo se hizo carne y vino a vivir en medio de nosotros» (Jn 1, 14). El Verbo es el Hijo predilecto que el Padre nos ordena escuchar (cfr. Mt 17, 5).

Desde el inicio se afirma claramente que no importa el ver; lo que da vida es el escuchar el decir de Dios. Por esto Moisés, que hasta era amigo de Dios y habla con él «boca a boca» (Num 12, 8), no puede ver a Dios (cfr. Ex 33, 20-23). Por esto Jesús proclama: «Bienaventurados los que sin haber visto creen» (Jn 20, 29). Dios habla y la criatura escucha: en este diálogo está la vida. El mundo existe porque Dios ha hablado. Es decir, existe por libre voluntad divina. El mundo es de pertenencia absoluta de Dios. Dios es su Señor (cfr. Sal 33, 6; 148, 5), y sólo en el reconocimiento de esta señoría el mundo encuentra la salvación.

Si su palabra es la que crea, entonces Dios no sólo crea en el origen del mundo. Su palabra es eterna y continúa creando: creando cielos nuevos, creando un pueblo nuevo

que se libera de las esclavitudes que lo han mortificado. Es la experiencia del profeta sin nombre, conocido como el Segundo Isaías, que en la reencarnación del pueblo, liberado de la prisión del exilio, ve un acto creador de Dios (Is 41, 8-20; 45, 8-13; 48, 12-15; 65, 17-18). Tal vez el Segundo Isaías profetiza aún antes que se escribiera el Génesis 1: si verdaderamente fuera así, es la experiencia del nuevo nacimiento personal, lo que suscita la fe en Dios creador del mundo. El milagro de la Palabra que renueva la vida es aún más grande que el milagro del nacimiento del mundo. Por lo que el Segundo Isaías termina su profecía con la contemplación del poder de la Palabra de Dios: «Como la lluvia y la nieve / bajan del cielo y no dan vuelta atrás / sin haber irrigado la tierra, / sin haberla fecundado y germinado, / para que dé la semilla al sembrador / y pan para comer, / así será con la palabra / que sale de mi boca: / no regresará a mí sin efecto, / sin haber realizado lo que deseo / y sin haber cumplido el objetivo por lo cual la he mandado» (Is 55, 10-11).

## Separación

En Génesis 1, la acción creadora de la Palabra divina se expresa con diversos verbos: Dios “hace” el firmamento (v. 7), los astros (v. 16) los animales terrestres (v. 25), el hombre (v. 26), todo lo creado (v. 31); “crea” el cielo y la tierra (v. 1), los peces y las aves (v. 21), el hombre y la mujer (v. 27); “da” al cielo los astros (v. 17) y “da” la hierba al hombre como alimento.

Esto hacer creativo está acompañado por una acción de “separación”: Dios separa la luz de las tinieblas (v. 4) y las aguas que están bajo el firmamento de aquellas que están arriba (v. 6-7), separa la tierra seca del mar (v. 9); los astros, colocados en el cielo, separan el día de la noche (v. 14. 18); las diferentes especies vegetales y animales son creadas diversas entre si «según la propia especie» (vv. 11-12. 21. 24-25). Separación grandemente significativa, porque revela cómo la diversidad sea parte del proyecto de Dios. Dios ha creado el universo en una múltiple y variada diversidad. Por lo que, si se desea tener la justa relación con Dios y con el mundo, es necesario respetar profundamente esta diversidad. Es la diversidad la que crea la armonía del creado; cuando la diversidad ya no se respeta, entonces el mundo cae nuevamente en el caos del nada diferenciado. Las aguas vuelven a cubrir todo: es el diluvio que envuelve y confunde a todos los seres vivos: «irrupieron todos los manantiales del gran abismo y las cataratas del cielo se abrieron... Pereció todo ser viviente que se movía sobre la tierra, aves, ganados y fieras y todos los seres que hormigueaban sobre la tierra y todos los hombres. Todo ser que tiene un soplo de vida en la nariz, es decir, todo cuanto existía sobre la tierra firme, murió» (Gen 7, 11. 21-22). Poder destructivo de la uniformidad que cancela toda posibilidad de comunicación y de comunión, como lo sugiere el relato de la torre de Babel (cfr. Gen 11, 1-9).

No podemos olvidar que con este mismo verbo “separar” (*bdl*) se indica la distinción del pueblo de Israel respecto a los otros pueblos, «Yo el Señor vuestro Dios, os he separado de los otros pueblos... Seréis santos por mi, porque yo, el Señor, soy santo y os he separado de los otros pueblos, para que seáis míos» (Lev 20, 24-26; cfr. También Esd 9, 1; 10, 11). Es una separación, una distinción que proviene de la alianza y que hace a Israel “solitario” (cfr. Num 23, 9) en medio a las naciones, no para aislarse de ellas, pero para ser, precisamente gracias a su diversidad, levadura de vida nueva. Si Israel olvida su identidad, se pierde en un desierto sin vida (cfr. Ez 20, 32-35).

Esta separación es también el primer acto de liberación realizado por Dios a favor del hombre. Las aguas, como se ha dicho, representan en la Biblia y en el cercano Oriente antiguo, símbolo del mal; separándolas de la tierra firme, Dios preanuncia la salvación futura de la humanidad contra las fuerzas negativas que la amenazan. Hemos citado Job 38, 8-11. Se consulten también el Salmo 104, 9 («Has dado un límite a las aguas: no la

rebasarán, / no volverán a cubrir la tierra») y Jer 5, 22 («¿No temblaréis ante mí, / que he colocado la arena para limitar el mar, / como barrera permanente que éste no rebasará? / Sus olas se agitan pero no dominan, / hacen ruido pero no la rebasan»). Sobre el horizonte de la historia del mundo no existe la destrucción. El hombre podría provocarla con el uso equivocado de sus enormes potencialidades; pero al final de la historia, será sólo Dios, como lo revela el Apocalipsis: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el cielo y la tierra de antes habían desaparecido y el mar ya no existía» (21, 1).

## Creación del hombre

En el primer capítulo del Génesis, el hombre es considerado fuertemente en relación con el mundo animal: de hecho fue creado el mismo día de los animales del campo (cfr. Gen 1, 24-31), recibe una bendición que le ha sido dada también a los peces y a las aves para que se reproduzcan (cfr. Gen 1, 21 y 28), a él se le otorga el mismo alimento destinado para los animales del campo (Gen 1, 29-30). Sin embargo, existen diferencias que nos hacen destacar la posición particular.

«Ganado, reptiles y bestias selváticas» están hechas de tierra: «Dios dijo: “La tierra produzca seres vivos según su especie”» (Gen 1, 24). En cambio el hombre está “hecho” después de una decisión de Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (1, 26). Y el v. 27 insiste significativamente sobre esta creación del hombre sin intermediarios: «Dios creó al hombre a su imagen; / a imagen de Dios lo creó; / hombre y mujer los creó».

La bendición, que el hombre recibe, no tiene que ver sólo con la procreación y la fecundidad, como para los animales, sino que comporta la señoría sobre todo lo creado: «Sed fecundos... poblad la tierra; sometedla y dominadla...» (1, 28; considerar también v. 26). En la segunda ficha nos detendremos un poco más sobre el sentido de esta señoría del hombre sobre la creación; aquí sólo digamos que con la expresión “creado a imagen y semejanza”, el texto sagrado pone en relieve la participación muy particular que el hombre tiene con el ser de Dios. Es un sello permanente que Dios ha colocado sobre nosotros: el hombre recorre caminos equivocados que lo llevarán lejos de Dios, pero este sello permanece como testimonio de un Amor que nunca se traiciona. De hecho es una consolación notar que en Gen 5, 1-3 y 9, 6, se afirma que el hombre es imagen de Dios también después de su pecado. Los dones de Dios son irrevocables (Rm 11, 29); «si nos falta la fe, él permanece fiel, porque no puede renegarse a sí mismo» (2 Tim 2, 13). Dios ha creado al hombre para que participe a su vida plena y eterna: «Sí, Dios ha creado al hombre para la inmortalidad; lo hizo a imagen de su propia naturaleza» (Sb 2, 23). Dios nos ha creado para que seamos suyos por siempre.

## Era una cosa buena

Siete veces (Gen 1, 4. 10.12.18.21.25.31) se vuelve a mencionar en el capítulo el coro «Dios vio que esto era bueno». Dios es como un artista que se detiene para admirar su obra y expresa su satisfacción por el buen trabajo realizado. “Bueno” (*tôb* en hebreo) es un término con un campo muy vasto de significados<sup>[7]</sup>; entre estos surge en particular el significado de “bello” que en la Biblia está íntimamente relacionado con el término “bueno” y hasta en ocasiones se identifica. La repetición, en el Génesis, del coro «Dios vio que esto era bueno» quiere subrayar que en el mundo creado por Dios no existe negatividad, sino sólo armonía y belleza. Ésta es expresión de la bondad que es el mismo Dios. «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Salmo 34, 9); «estoy seguro de contemplar la bondad del Señor en la tierra de los vivientes» (Sal 27, 13). Por lo que el hombre tiene el deber de

amar y respetar esta armonía. A partir de la belleza de la creación, él llega a contemplar al Creador y alaba la bondad, junto con toda la creación (cfr. Sal 148): bondad de Dios permanentemente creador de un mundo nuevo y de una historia nueva, como lo canta el gran *hallel* pascual que es el salmo 136: «Alabad al Señor porque es bueno: / eterna es su misericordia».

El coro de Gen 1 culmina con la expresión «Dios vio cuanto había hecho, y era una cosa muy buena» (Gen 1, 31). ¿Qué es lo que quiere decir este superlativo final? Nuevamente escuchemos una explicación de San Agustín: «Viste, oh Dios, todas las cosas que habías creado y eran cosas muy buenas. También nosotros las vemos y todas son muy buenas. En las especies en forma individual de tus obras, después de haber dicho que habían sido hechas, viste ésta y aquella, que eran buenas. He contado que siete veces<sup>[8]</sup> está escrito que tú habías visto que era bueno lo que habías creado y la octava vez está escrito que has visto todas las cosas creadas por ti, y que no sólo eran buenas, sino muy buenas, casi para darles importancia en su conjunto. Consideradas singularmente solamente eran buenas, en su conjunto buenas, y más bien, muy buenas. Igualmente nos referimos a los cuerpos bellos; es mucho más bello aquél cuerpo que es resultado de partes que son todas bellas, las cuales en su ordenado conjunto, colaboran a formar el todo, como igualmente cuando son consideradas singularmente sean también bellas»<sup>[9]</sup>. Cada cosa es “bella” en sí; pero todas son “muy bellas” cuando se encuentran en la unidad y en la armonía de la propia diversidad.

## Servicio en el mundo

De la Escritura hemos subrayado los siguientes puntos:

- la creación ha abierto una historia de salvación
- Dios habla y crea perennemente: siempre es posible darle a la historia un inicio nuevo
- Sobre la diversidad de los seres se fundamenta la armonía del cosmos
- La criatura humana conserva su dignidad mas allá de cualquier error y falla

A la luz de cuanto hemos sabido obtener a partir de la lectura del *Gen 1*, podemos ahora intentar acoger las modalidades con las cuales, según la *Regla de vida*, se lleva a cabo nuestro servicio en el mundo.

El artículo 46 confía a cada hermana la tarea de ordenar las realidades temporales en Dios por medio de Cristo. Se trata de ayudar a descubrir en las vicisitudes de la vida personal y del mundo, un diseño de amor. Por esta razón, cada hermana «está llamada a comprender, a levantar y a valorizar los sufrimientos humanos» (art. 7), a compartir con los más pobres el «difícil camino de liberación» (art. 52), luchando en contra de toda forma de mal que mortifica a la persona, y permanecer, con una predilección, junto a las hermanas probadas por el sufrimiento (art. 38).

Al centro de este servicio de amor y de misericordia, se encontrará la Palabra de Dios, colocada continuamente ante las situaciones concretas del vivir cotidiano (art. 22). Es la Palabra la que permite una justa inserción en la sociedad (art. 7), ofreciendo una nueva forma de valorar las cosas y por lo tanto, una capacidad más real de discernimiento.

El servicio al mundo no teme el enfrentar las diversidades. Son éstas el campo de prueba en donde se aprende a vivir «unidas en una caridad mutua» (art. 3), a abrirse «al diálogo con todos en la caridad» (art. 12), a estar alegres «por los dones que los otros poseen» (art. 16), a ayudarse «a descubrir y a hacer fructificar los carismas que cada una ha recibido de parte del Señor» (art. 37), a «establecer un diálogo con las diversas culturas» con las cuales se puede estar en contacto, y «a discernir y a realizar lo que en ellas está en

conformidad con el Evangelio» con la certidumbre «que Dios conduce la historia de los hombres hacia el cumplimiento del Reino» (art. 62).

Como tema de reflexión también se puede considerar cuanto se ha mencionado en relación con el significado del verbo “separar”. Dios ha separado a los seres vivos, para que cada uno sea sí mismo, y también ha separado a Israel de los otros pueblos para que, con su identidad particular de “pueblo de Dios”, pueda hacer fermentar en el mundo una realidad nueva. La *Regla de Vida* recuerda este compromiso de fidelidad a la propia identidad y de separación, que hace de la vida de cada hermana un modelo alternativo a aquello dominante en la actual realidad socio-cultural. Dice el artículo 18: «Conduce en tu ambiente una vida sobria, escogiendo en toda circunstancia la sencillez evangélica». Y en el artículo 54 se señala un camino que es el mismo de Cristo: «Como Él, podrás siempre ser signo de contradicción para los demás, hasta perder tu vida por amor».

## **2. A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS**

*Palabra para la lectio:* «El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén, para que lo cultivara y lo custodiara» (Gen 2, 15)

*Regla de Vida RM 48:* «Vive tu trabajo como liturgia».

Existe una estrecha unión entre la semejanza con Dios y la tarea que hemos recibido en relación a la creación. Diciendo que el hombre-mujer ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, la Escritura quiere afirmar que la persona humana debe configurarse a la propia imagen original y, por lo tanto, también la relación que la une a las criaturas debe corresponder al comportamiento de Dios. Dios bendice y declara buenas todas las cosas, es decir, las respeta en lo que ellas son, es celoso de su libertad y cuida su bienestar. También el ser humano tendrá necesariamente que comportarse en la misma manera.

### **Poder y mansedumbre**

En Gen 1, 28 Dios bendice al hombre y a la mujer, diciendo: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra: sometedla y dominad sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre todo ser viviente, que se mueve sobre la tierra». Con la bendición, Dios confía a la humanidad la tarea de someter y dominar la tierra y los animales que la habitan. Es importante establecer el sentido de estos verbos, para comprender en qué manera el hombre trabaja sobre la tierra para hacerla siempre más humana y armoniosa.

El primer capítulo del Génesis diseña una imagen de Dios que es al mismo tiempo poderosa y mansa. En el esquema precedente nos hemos detenido a considerar la acción creadora de Dios sobre los elementos del caos inicial: las tinieblas, el abismo y también el viento. Esos elementos no son eliminados de la palabra creadora de Dios; solamente son delimitados y colocados en un orden dentro del cual encuentran lugar todos los seres vivientes. El caos está dominado por la palabra de Dios; su violencia está como restringida por un camino que lleva a la luz y a la vida. El poder de Dios es la fuerza del Amor, más fuerte que cualquier mal, que cualquier desorden.

La fuerza mansa de Dios, se revela además en el estribillo que se repite siete veces: «Dios vio que era bueno». Como ya se ha dicho en el primer esquema, Dios se detiene a admirar cuánto ha salido de sus manos. Él canta su sorpresa ante la criatura con la palabra que será después la alabanza litúrgica de Israel: «¡Alabad al Señor porque es bueno!» (Sal 100, 5; 106, 1; 136, 1; 1 Cro 16, 34). Es decir, Dios crea también viendo y admirando la belleza de su obra. La creación no es sólo un acto de poder exclusivamente divino; también es una mirada que se detiene sobre la criatura con amor y con

respeto. Ninguno de nosotros podría existir si no es visto por nadie, si no es considerado como persona.

Al final el Creador descansa: «el séptimo día llevó a término el trabajo que había realizado y cesó el séptimo día todo su trabajo» (Gen 2, 2). La creación está completa cuando Dios “descansa”; también aquí se revela la mansedumbre de Dios: descansa para que ahora pueda entrar el hombre con su actividad. De hecho «Dios bendijo el séptimo día y lo consagró, porque en él había cesado toda la obra que había creado *para actuar*» (Gen 2, 3). Dios crea “para actuar”, es decir, para que también el hombre pueda posteriormente “hacer” libremente. La mansedumbre de Dios reside en esta entrega confiada de su creación a la libre actividad del hombre. Es como si Dios dejase incompleta la creación para que sea el hombre a continuarla.

Esta idea de incompleto resalta en la base de una observación interesante. El estribillo «y Dios vio que era cosa buena» se omite dos veces: después de la separación de las aguas que se encuentran abajo, de aquellas que se encuentran arriba por medio del firmamento (Gen 1, 8), y después en la creación del hombre (Gen 1, 26-27). En el primer caso la omisión se comprende porque la obra de la separación de las aguas no se cumple el segundo día, sino solamente cuando las aguas que se encuentran abajo del cielo se recogen en un solo lugar, es decir en el mar, y nace la tierra firme (Gen 1, 9-10). También la omisión relativa al hombre, por lo que puede sugerir la idea de que el hombre es en si “incompleto”. Tal estado incompleto estaría confirmado por otro elemento. En el v. 26a «Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». La exégesis antigua, como la de Orígenes y Basilio de Cesarea, ha visto en esta expresión, la revelación de que el hombre es tal, si creado a imagen de Dios, pero aún no se asemeja a él; tiene por lo tanto, la tarea de “hacerse”, de asemejarse cada vez mas perfectamente a la imagen que lleva en si mismo.

La primera página de la Biblia, en consecuencia, presenta la imagen poderosa y al mismo tiempo mansa de Dios. Dios sólo crea (se debe recordar que el verbo *bará* = crear, es en la Biblia exclusivo de Dios), pero no hace todo. Al hombre, hecho a su imagen y semejanza, deja la tarea de desarrollarse en relación a su crecimiento personal y de la creación. Dios ha bendecido al hombre y a la mujer y les ha dicho: «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar y sobre los pájaros del cielo y sobre todo ser viviente, que se mueve sobre la tierra» (Gen 1, 28). “Someter” y “dominar: dos verbos que pueden comprenderse sólo a la luz de la imagen de Dios que ha sido delineada en el primer capítulo.

## **Dominación del hombre**

En la Biblia el término “someter” (*kabaš*) está relacionado sobre todo con gestos de violencia y brutalidad, como la sumisión, a través de la guerra, de un territorio (cfr. Num 32, 22-29; Jos 18, 1; 1 Cro 22, 18) o de naciones (cfr. 2 Sam 8, 11), la reducción a la esclavitud (cfr. Jer 34, 11. 16; 2 Cro 28, 10; Ne 5, 5), la violencia en contra de la mujer (cfr. Est 7, 8). Pero existe un pasaje significativo en el cual el verbo está unido a la acción misericordiosa de Dios; es la conclusión de la profecía de Miqueas: «¿Qué dios es como tú,/ que quita la iniquidad/ y perdona el pecado/ al resto de su heredad;/ que no guarda por siempre la ira,/ sino que se complace en usar misericordia? Él volverá a tener piedad de nosotros,/ **pisoteará** nuestras culpas./ Tirarás en el fondo del mar todos nuestros pecados./ Conservarás a Jacob tu fidelidad,/ a Abraham tu benevolencia,/ como has jurado a nuestros padres/ desde tiempos antiguos» (7, 18-20).

También el segundo verbo “dominar” (*radah*) está unido a acciones de violencia y de guerra. Indica la opresión del enemigo (cfr. Lev 26, 17; Num 24, 19; Ne 9,28; Is 14, 2; Ez 29, 15), el duro dominio de Babilonia que no deja ningún respiro (cfr. Is 14, 6), o también



el gobierno sin misericordia y consideración de los pastores de Israel (cfr. Ez 34, 4) y de los sacerdotes (cfr. Jer 5, 31). Puede también referirse al severo juicio de Dios que es como quien exprime la uva en una tina (cfr. Jl 4, 12).

Pero la Escritura recuerda también que Israel no puede dominar a un hermano aprovechándose de su pobreza ni tampoco de un forastero: «Si tu hermano que está cerca de ti cae en la miseria y se vende a ti, no lo hagas trabajar como esclavo... No lo dominarás con aspereza» (Lev 25, 39. 43; cfr. También v. 46 y 53). Y encontramos finalmente el dominio del rey-Mesías que es un dominio de justicia y de paz: «en sus días florecerá la justicia/ y abundará la paz,/ hasta que no se apague la luna./ Y dominará de mar a mar,/ desde el río hasta los confines de la tierra» (Sal 72, 7-8; cfr. 110, 2).

Son estos los significados positivos que pueden confirmar el valor de la no-violencia contenido en los verbos del Gen 1, 28. También es necesario prestar atención al régimen de alimentación rigurosamente vegetariano (Gen 1, 29-30) que la Biblia atribuye al hombre antes del diluvio (cfr. Gen 9, 1-3). El alimento de la humanidad son «las hierbas que germinan semillas» - probablemente los cereales – y los frutos de los árboles. Este tipo de alimentación se otorga después del orden de dominar a los animales y por lo tanto sugiere la idea que se puede dominar a los animales sin matarlos: un dominio, ciertamente, pero sin violencia y en el respeto de la vida. Un dominio que deriva del hecho de que sólo el hombre, aunque si moldeado como los animales a partir del fango (cfr. Gen 2, 7a.19), recibe el soplo de Dios, que hace de él un ser que habla, a imagen de Dios que crea hablando. Después el hombre da el nombre a todo animal, reconociéndole la cualidad de “ser viviente” (2, 20) y dejándole un espacio vital.

También los animales reciben un alimento del todo vegetal, «toda hierba verde» (Gen 1, 30). Parecería un alimento diverso al de los hombres: una diversidad que quiere hacer entender cómo los hombres y las bestias no deben luchar para procurarse el alimento. Ciertamente todo esto tiene un valor metafórico para indicar que ya sea la forma humana que la forma animal, deben estar marcados con la mansedumbre, la paz y la armonía.

En conclusión se puede decir que, en fuerza del modelo divino, contrasta completamente en el texto cualquier intención de dominio tiránico.

## **Trabajo como servicio**

Continuando con la lectura del relato del Génesis, se aprecian otros aspectos de este dominio del hombre sobre el mundo.

«Cuando el Señor Dios hizo la tierra y el cielo, ningún arbusto campestre existía sobre la tierra, ninguna hierba campestre había germinado – porque el Señor Dios no había hecho llover sobre la tierra y nadie trabajaba el terreno o hacía brotar de la tierra el agua de los canales para irrigar todo el suelo» (Gen 2, 4b-6). Antes del inicio de la creación faltaban, además de los arbustos de la sabana y de la hierba del campo, la lluvia y el hombre. La lluvia es suficiente para alimentar a la sabana; pero el trabajo de los campos exige la presencia del hombre. Ciertamente no está privado de valor el hecho de que el trabajo sea la única actividad que dé un significado a la presencia del hombre y esté íntimamente relacionado con la creación.

El verbo “trabajar” indica también la actividad del hombre en el jardín: «Después el Señor Dios plantó un jardín en el Edén, al oriente, y ahí colocó al hombre que había plasmado... El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén para que lo trabajara y lo custodiara» (Gen 2, 8. 15). El hebreo *‘avad* – “trabajar” (o “cultivar” como dice la Biblia de la CEI) – tiene como significado fundamental el de “servir” y, en ámbito religioso, el de “dar culto”, “honrar”. Es decir, indica la relación del siervo con el patrón, del súbdito con el rey, del fiel con Dios.

En particular, el Antiguo Testamento utiliza con agrado el verbo “servir” (*abad*) y el sustantivo “servicio” (*abada*) para designar el culto. La liturgia es el servicio por excelencia. Esto es tan significativo: quiere decir que el culto no puede carecer de una relación con la vida; éste abraza siempre la obediencia y la fidelidad. En Jos 24 la adhesión total a Dios (por lo que una adhesión que comprende todo el ser de la persona) se expresa con el verbo “servir”.

A Dios se le encuentra en el templo, pero la Biblia insiste en decir que Dios está interesado a lo que se desempeña afuera, interesado en la vida y en el mundo. Cuando se sale del templo, cantando la alegría profunda del encuentro con Dios (cfr. Sal 84), no nos preguntamos sobre el comportamiento en el templo, sino sobre el comportamiento que se tiene en la vida (cfr. Sal 24; 15; 40, 7-9; 50). Se trata de servir a Dios con toda la vida: «Obedecer es mejor que el sacrificio, la docilidad vale más que la grasa de los carneros» (1 Sam 15, 22; cfr. los profetas Amós 4 y 5; Os 6, 6; Mi 6, 7-8; Is 1, 10-20; Jer 7; Is 58; y también Prov 15, 8; Sir 34, 18-35, 24). No se niega el valor del culto, pero se quiere llevar al culto dentro de la vida. El culto debe ser expresión de una vida donada al servicio.

En conclusión: con el verbo *abad* en Gen 2, 15 una vez más no emerge la idea de dominio. No se trata de ejercer un poder; se trata de servir. El jardín del Edén no es un lugar especial, sino la misma tierra así como Dios la ha concebido y creado en su admirable riqueza: una tierra que acoge al hombre como en su casa, le da protección y seguridad, y que a su vez el hombre debe servir, es decir cuidarla y salvaguardarla. Por lo que existe una relación de simbiosis y de alianza entre el hombre y el cosmos. Dios ha donado al hombre la creación: el hombre responde a este don custodiando la creación. Trabajar para custodiar la tierra es la tarea de la vida del hombre.

Pero esta tarea no ha llegado todavía a su término; más bien, el egoísmo ha alterado a lo largo de la historia, la relación de solidaridad y de comunión entre el hombre y el creado. Pablo afirma que «toda la creación gime y sufre hasta hoy en día en los dolores del parto» (Rm 8, 22), porque «ha sido sometida a la caducidad [o nulidad, vacío] – no por su voluntad, sino por la voluntad de aquél que la ha sometido – y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rm 8, 20.21). ¿Quién ha hecho esclava a la creación, que debería de haber sido el jardín trabajado y cuidado por el hombre? La historia de la exégesis bíblica responde: ha sido el mismo hombre. Y no obstante este dolor, vive bajo el signo de la esperanza. La creación, de hecho, «nutre la esperanza de ser... liberada...; ella no es la única, sino también nosotros, que poseemos la primicia del Espíritu, gemimos interiormente esperando la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo. Ya que en la esperanza hemos sido salvados. Ahora, lo que se espera, si se ha visto ya no es esperanza; de hecho, lo que uno ve, ¿cómo podría aún esperarlo? Pero si esperamos lo que todavía no vemos, lo esperamos con perseverancia» (Rm 8, 20.21. 23-25). Quien suspira y espera es la entera creación y junto con ella, el hombre que aún no está plenamente redimido. Pero el mismo Espíritu de Dios – y este es el aspecto decisivo - «intercede con insistencia por nosotros con gemidos sin medida; y el que ve en el interior de los corazones, sabe cuáles son los deseos del Espíritu, ya que él intercede por los creyentes según los diseños de Dios» (Rm 8, 26-27). La voz del Espíritu es una súplica cósmica al Creador en visión de la liberación. Este Espíritu es el Espíritu de Jesucristo (Rm 8, 9) y también «el Espíritu de Aquél que ha resucitado a Jesús de entre los muertos» (Rm 8, 11). La estructura trinitaria del texto es evidente; en esta forma, para toda la creación se perfila una comunión divina de vida y de amor.

En esta comunión nos renovamos según la imagen divina en nosotros. «Os habéis despojado del hombre viejo con sus acciones y os habéis revestido del hombre nuevo que se renueva para una plena conciencia a imagen de su Creador» (Col 3, 9-10). Este hombre nuevo es Jesucristo; Él es la imagen de Dios (cfr. Col 1, 15; 2 Cor 4,4), la que revestimos

en el bautismo. En esta forma Gen 1, 26-28 se realiza plenamente en Cristo: configurándonos en él, con nuestra actividad y nuestro trabajo en el mundo reproducimos la imagen de Dios, Creador poderoso y conjuntamente Señor manso y respetuoso de la libertad del hombre.

## **Trabajo como liturgia**

Por lo que la actividad del hombre es vista como un servicio, un servicio sagrado, una liturgia. A este aspecto hace ilusión un importante artículo de la *Regla de Vida*: «Vive tu trabajo como liturgia, sabiendo que también el servicio más humilde tiene un valor salvífico para los hermanos y es acción de culto y de alabanza a Dios. Empéñate en la actividad profesional con responsabilidad y considera como primer apostolado el cumplimiento serio de los deberes que de él derivan» (artículo 48). Podemos percibir en el fondo de este artículo algunos pasajes de las cartas de san Pablo a los filipenses y a los romanos, que aplican la terminología veterotestamentaria, relativa al culto, a la vida de fe y al servicio que los hermanos se ofrecen. «Aunque si mi sangre debe versarse en libación por el sacrificio y la *liturgia* [CEI: oferta] que es vuestra fe, estoy contento» (Fil 2, 17). Epafrodito es «mensajero y *liturgo* [CEI: enviado para dar] en la necesidad» de Pablo (2, 25); él ha arriesgado la vida para «compensar vuestra ausencia en una *liturgia* [CEI: servicio] por mí» (2, 30). La presencia de Epafrodito y los dones que lleva a Pablo a nombre de los filipenses son «perfume suave, oferta de sacrificio que se acoge, grata a Dios» (4, 18). El servicio de amor tiene la misma dignidad de la antigua liturgia.

Esta liturgia de la vida viene ulteriormente desarrollada en la carta a los romanos, en la parte de exhortación, que inicia con la llamada al amor de Dios y por la cual los cristianos son exhortados a «ofrecer vuestros cuerpos como una ofrenda de sacrificio viviente, santa, grata a Dios: vuestro culto “lógico” a Dios» (Rm 12, 1). Culto “lógico”, es decir, conforme a la Palabra (logos) de Dios, el culto que corresponde a la voluntad de Dios; culto “lógico” como lo ha vivido el Logos eterno de Dios que se ha encarnado. El Nuevo Testamento se encuentra en profunda continuidad con el Antiguo; pero ahora la novedad inaudita es aquella dada por el evento Cristo, que es conjuntamente gesto definitivo de Dios y respuesta perfecta del hombre. Sobre la cruz, Dios muere por nosotros en un gesto de alianza eterna, y el hombre se ofrece a Dios en un don de total obediencia. La oferta de sacrificio del “cuerpo” – es decir, toda la realidad de la persona en sus múltiples relaciones – se vuelven verdaderamente una liturgia de toda la existencia. La ofrenda de la vida a Dios no se esfuma en un comportamiento íntimo, no quita al hombre de su realidad: Esta ofrenda implica el rechazo de aceptar del ambiente en el cual el cristiano vive, aquellas propuestas de valores que son antievangélicas («no os conforméis a este siglo», Rm 12, 2a), y positivamente una renovación continua de la mente para poder acoger, en lo concreto de la vida, la voluntad de Dios, siempre nueva (Rm 12, 2b).

El capítulo 12 de la carta a los romanos, a la luz de este culto que es vida, pide un «amor sin hipocresía» (12, 9) y un compromiso en el ámbito de una situación política particular (Rm 13, 1-7) y en el ámbito de la comunidad (Rm 14 y 15). En este último ámbito, es fundamental el respeto del ritmo de crecimiento propio de la fe de los demás: un respeto que es la consecuencia de un amor que coloca hacia el otro el centro de gravedad del interés: el otro es más importante que yo (Rm 14, 1ss). El amor que se expropia de sí mismo para hacerse don y que ha sido el amor típico de Cristo (Rm 15, 3).

## **A disposición de todos**

Comenzamos a partir del Génesis y a partir de la tarea o trabajo que Dios nos ha confiado, y hemos llegado, esperando con un recorrido no tan forzado, a la expresión de la *Regla de Vida*: el trabajo es una liturgia. Una declaración extremadamente comprometida. Por una parte, ella nos lleva nuevamente a nuestras raíces de Siervos y Siervas de santa María, a la Regla de san Agustín que en el trabajo ve una fuerza que crea la comunidad cuando sus frutos se vuelven propiedad de todos. Por la otra, nos inserta en el corazón mismo de la vocación “secular”: escondida en el ambiente donde se vive y se trabaja, ésta opera para crear una humanidad a imagen y semejanza de Dios.

Para el tema tratado en este esquema se deben considerar también los siguientes artículos de la *Regla de Vida*:

Artículo 4: «Cada una vive la consagración permaneciendo en su propio ambiente, comprometida en las actividades comunes a todos los hombres. Nuestro testimonio apostólico consiste en vivir unidas a Cristo todas las realidades humanas y en cumplir en espíritu de *servicio* el mandato social, con responsabilidad y competencia.»

Artículo 17: «Siendo consciente que los dones recibidos deben ser compartidos con los hermanos, *ponte tú misma a disposición* de tus hermanas y de todos...»

Artículo 18: «*Vive tu trabajo y acepta su dureza* compartiendo así la fatiga y la inseguridad de la mayoría de los hombres...»

Artículo 19: «Los bienes de la Familia pertenecen a todas nosotras y están puestos al *servicio nuestro y de los pobres*. Empéñate en dar una contribución concreta a la Familia, como signo de comunión y a cualquiera que en tu ambiente se encuentre en necesidad, como signo de misericordia.»

\* \* \*

Para la exégesis de Génesis 1-2 se tuvieron presentes:

G. Von Rad, *Génesis. Traducción y comentario*, Paideia, Brescia, 1978

A. Wénin, *No sólo de pan... Violencia y alianza en la Biblia*, EDB, Bolonia, 2004

### 3. ENSÉÑANOS A CONTAR NUESTROS DÍAS

*Palabra para la lectio*: «Dios bendijo el séptimo día y lo consagró» (Gn 2, 3)

*Regla de Vida RM 47*: «Obra en la paz, sin la preocupación de quien confía solamente en su propio actuar».

Este tercer esquema recoge algunos elementos de la Escritura para una reflexión sobre el valor del tiempo. La Biblia repite continuamente que el tiempo es de Dios y que nuestra existencia es un don suyo, y es esta fe la que fundamenta nuestra esperanza conjuntamente con la posibilidad de caminar en el paso del tiempo la acción de Dios, es decir, el sentido último que Él ha colocado en la historia.

#### El séptimo día

Año, mes, semana, día, hora, son los espacios en los que el creyente se encuentra con Dios, no según un ciclo repetitivo de eventos siempre iguales, sino en la perenne novedad de las intervenciones de Dios. Sobre todo el “día” es un término recurrente; el

séptimo día, el sábado, ocupa un lugar del todo especial. Expresa la forma más antigua del mandamiento relativo a la observación del sábado: «Por seis días trabajarás, y en el séptimo descansarás» (Ex 34, 21). El sábado es día de descanso «porque en seis días el Señor hizo el cielo y la tierra... y el séptimo descansó» (Ex 20, 11).

Según el relato de la creación en Gen 1, 1-2, 3, el sexto día Dios crea al hombre y el séptimo descansa. En esta forma resulta que el primer día del hombre creado, es un día de descanso; sólo después del descanso, él comienza a trabajar. El tiempo del trabajo no tiene significado si no está precedido por el día de descanso, en el cual toda acción humana se suspende, es radicalmente relativizada. La ley del descanso al término de los días de la creación, redimensiona toda pretensión de dominio sobre el mundo de parte del hombre. Recuerda al hombre que él no es dueño, sino custodio de la creación. Y también le recuerda que tiene en sí la posibilidad de ejercitar un poder mucho más grande, es decir el poder de ordenar sobre el propio trabajo, para así no volverse esclavo de su trabajo.

Ex 20, 11 continúa: «Entonces Dios bendijo el sábado». Esta bendición se enlaza con Gen 2, 3. Dios bendice primero a los animales acuáticos, a las aves y al hombre (cfr. Gen, 1, 22.28), los cuales reciben así la fuerza y la capacidad de ser fecundos y de multiplicarse. La bendición dada también al día de descanso, infunde a este día una fuerza vital. Es como si el tiempo fuera siempre nuevo, fresco y fecundo. Esto quiere decir que nuestro tiempo no va a la deriva, sin un sentido y un objetivo. «Dios bendijo el séptimo día y lo santificó», es decir lo separó de los otros días, así como había separado la luz de las tinieblas. Como la luz ha abierto el camino a la creación, así el sábado abre al hombre las fuentes de una vida siempre renovada.

El Deuteronomio 5, 12-15 el mandamiento del día de descanso recibe esta motivación: «Observa el día del sábado para santificarlo... Seis días te fatigarás y harás todo tipo de trabajo, pero el séptimo día es el sábado para el Señor tu Dios: no harás ningún trabajo ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguno de tus animales, ni el forastero, que está dentro de tus puertas, para que tu esclavo y tu esclava descansen contigo. Recuerda que has sido esclavo en Egipto y que el Señor tu Dios te sacó de ahí... Por lo que el Señor... Te ordena observar el día de descanso». El sábado es también el memorial de la libertad recibida como don: libertad que nos hace a todos iguales, con una misma dignidad y con derechos idénticos; libertad de todas las esclavitudes en las que podemos caer; libertad de un tiempo que podría esclavizarnos y que en cambio Dios ha creado al servicio del crecimiento del hombre.

El mandamiento del sábado es un mandamiento que libera. Todos los mandamientos de Dios nos liberan: no son una imposición, sino un don. Por esto, como dice san Juan, «los mandamientos de Dios no son gravosos» (1 Jn 5, 3): no nos imponen pesos, más bien quieren liberarnos de todo peso.

Es interesante notar cómo la creación del séptimo día no se concluya, como los otros seis días, con una tarde: «y fue tarde y fue mañana...» (Gen 1, 5.8.13.19.23.31). El séptimo día es un día en que no anochece, un día que lleva en sí una perfección que debe todavía alcanzarse, un “signo” que nos lleva siempre más allá. Nos lleva fuera de la precariedad del flujo del tiempo y nos hace partícipes de aquella plenitud que reside sólo en Dios. «Éste es un signo perenne entre los israelitas y yo, porque el Señor en seis días ha hecho el cielo y la tierra, pero en el séptimo se detuvo y respiró» (Ex 31, 17). Este “respirar” de Dios, que el texto sagrado añade a su descanso, debe subrayarse porque contiene una preciosa indicación. Es como si Dios diera un suspiro de alivio al final de su actividad creadora. Él ha verdaderamente hecho todo lo que era necesario hacer para el hombre; Dios ha infundido en su creación todo el amor, ha dado al hombre todo su ser, según aquella totalidad que puede sólo ser divina y que Jesús en la cruz sellará con la ofrenda de su vida: «Todo está cumplido» (Jn 19, 30). Si Dios ha dado todo, ahora nos toca a nosotros

dar, sirviendo a la creación, amándola, respetándola y sobre todo compartiendo los bienes. De hecho el sábado también los hombres y los animales deberán respirar a todo pulmón: «Por seis días harás tu trabajo, pero el séptimo descansarás, para que puedan gozar de tranquilidad tu buey y tu asno, y puedan respirar los hijos de tu esclava y el forastero» (Ex 23, 12; cfr. 2 Sam 16, 14).

El mandamiento del sábado quiere decir en definitiva, que la vida no depende de nuestra actividad, sino de la actividad de Dios. Es por esto que los profetas, que hasta han hecho polémica en contra de los peregrinos y el culto, exigen la observación del sábado. Amós condena a todos aquellos que esperan a que pase el sábado para retomar sus actividades deshonestas a costo de los más pobres (Am 8, 4-6). Y el profeta anónimo del período posterior al exilio, que se ha acordado llamarlo el “Tercer Isaías”, proclama: «Si te abstendrás de violar el sábado, de realizar negocios durante el día sagrado para mí, si llamarás al sábado delicia y venerando el día sagrado al Señor, si lo honrarás evitando de ponerte en camino, de realizar negocios y comerciar, entonces encontrarás la delicia en el Señor» (Is 58, 13-14).

Nuestra vida no encuentra su seguridad en el trabajo sin descanso que termina por hacernos más pobres. Es éste el mensaje del capítulo 16 del Éxodo. Para el día sábado, «descanso absoluto consagrado al Señor» (Ex 16, 23) Moisés ordena al pueblo recoger el doble de maná y conservarlo hasta la mañana, pero no salir el sábado para recoger más. Sin embargo, «el séptimo día algunos del pueblo salieron para recoger, y no encontraron nada» (Ex 16, 27). Una actividad sin descanso es al final un trabajo perfectamente inútil. Vana es la actividad que se preocupa sólo de sí misma; por esto, nuevamente en el Éxodo, se dice que cuantos han recogido una cantidad mayor de maná, la vieron pudrirse (16, 17-20). El trabajo es fructífero si no pierde de vista los valores que hacen plenamente humana la vida: la gratuidad, el don, la confianza, el compartir. Por lo que en nuestra actividad, debemos dejar espacio a la actividad de Dios: así nos liberamos de nosotros mismos y nos ponemos al servicio de los demás.

### **Para todo hay un momento**

Todo momento tiene su valor si es un encuentro con Dios, y por lo tanto, también con toda persona. Uno de los textos bíblicos más significativos con referencia a esto es el capítulo 3 de Qoélet. «Para todo hay un momento, su tiempo para toda acción bajo el firmamento. Existe un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para plantar y un tiempo para cosechar...» (3, 1 ss). Ningún tiempo es vacío, y es siempre la ocasión para un evento. «Todo lo que hace es hermoso en su momento; hasta el “sentido de la duración” ha sido dado dentro los corazones; sólo que el hombre no encuentra la obra que Dios hace desde el inicio hasta el fin» (Qo 3, 11). Por lo tanto, Dios ha establecido para todo momento una ocupación y ésta, porque ha sido realizada en su momento, es hermosa. Sólo Él establece los tiempos y nos ha dado la conciencia del tiempo en la extensión de todos sus momentos particulares. Traduzco, como lo sugiere la TOB, con “sentido de la duración” lo que en hebreo se llama ‘olam. Este término no indica la eternidad; es una dimensión que pertenece a la existencia humana, pero a ella trascendente, una dimensión que abraza la entera extensión de nuestro tiempo. En nuestro corazón Dios ha colocado la posibilidad de cuestionarnos sobre nuestro pasado y sobre nuestro futuro: una posibilidad que se vuelve una carga para nosotros, porque somos incapaces de acoger en su conjunto, la actividad de Dios y hasta la razón de la perenne mutación de los tiempos. «He visto bajo el sol, que no pertenece a los hábiles la prisa, ni a los fuertes la guerra, ni tampoco a los sabios el pan y de los concienzudos la riqueza, y mucho menos de los inteligentes el favor, porque el tiempo y la casualidad, alcanzan a todos. De hecho, el hombre no conoce ni siquiera su hora: igual que a los peces que son

capturados por las redes fatales y a las aves sorprendidas por la honda, el hombre está sorprendido por la desventura que al improviso se abate contra de él» (Qo 9, 11-12). Nos encontramos ante una realidad más grande que nosotros, imposible de explicar: «Lo que es, desde hace tiempo, ha tenido un nombre; y sabe lo que es el hombre: él no puede competir con quien es más fuerte que él. ¿Quién sabe lo que conviene al hombre durante la vida, en los breves días de su banal existencia que transcurre como una sombra? ¿Quién puede indicarle al hombre qué cosa vendrá después de él bajo el infinito?» (Qo 6, 11-12).

En esta imposibilidad radical, ¿qué nos queda hacer? Sólo la fe que nos introduce en la acción misteriosa de Dios. Es lo que el Qoélet en su lenguaje llama “temor del Señor”. «Reconozco – dice - que cualquier cosa que Dios haga es inmutable; no hay nada más que añadir, nada que quitar. Dios actúa así para que tengamos temor de él» (3, 14). Y más adelante: «Observa la obra de Dios: ¿quién puede enderezar lo que él ha hecho curvo?... He visto de todo en los días de mi vanidad: morir al justo no obstante su justicia, vivir largamente al impío no obstante su impiedad. No seas demasiado escrupuloso ni sabio, más allá del límite. ¿Por qué quieres arruinarte? No seas demasiado malvado ni necio. ¿Por qué quieres morir antes de tiempo? Es bueno que te atengas a esto y que no alejes la mano de ello, porque quien teme a Dios logra éxito en todas estas cosas» (7, 13.15-17). Y concluye: «Teme a Dios y observa sus mandamientos porque todo esto es el hombre» (13, 13; cfr. también 5, 6).

El flujo del tiempo permanece un enigma para nosotros; pero en el complicado acontecimiento de las cosas, la fe nos hace recorrer un diseño de amor. Por esto el final el libro de Qoélet se vuelve una gran invocación de ayuda a Dios y se comprende por qué la voz de este sabio, aparentemente escéptico y privo de esperanza, haya sido acogida en la Escritura como voz de una fe ciertamente difícil, complicada, y que sin embargo, siempre se ha abandonado a la acción misteriosa de Dios. En esta voz reconocemos el eco de los salmos:

«Revélame, Señor mi fin;  
cuál sea la medida de mis días  
y sabré cuánto es breve mi vida...  
Ahora, ¿qué es lo que espero, Señor?  
En ti está mi esperanza» (Sal 39, 5.8).

«Confío en ti, Señor;  
digo: Tú eres mi Dios,  
en tu mano están mis tiempos» (Sal 31, 15-16).

### **Desde siempre y por siempre tú eres, Señor**

Nos parece volver a escuchar la voz de Qoélet sobre todo en un salmo, que es muy cercano a la época en la cual él ha vivido. Es el salmo 90, uno de los raros testimonios del Antiguo Testamento que considera explícitamente el problema del tiempo. Hagamos una lectura esencial de los versículos 1-12.

«Señor, tú has sido para nosotros un refugio  
de generación en generación.  
Antes de que nacieran los montes  
y la tierra y el mundo fueran engendrados,  
desde siempre y por siempre tú eres Dios» (v. 1-2)

En la introducción del salmo, por una parte están las generaciones humanas que pasan, y por la otra, la eternidad inmutable de Dios. Y a esta eternidad se contrapone la inconsistencia del hombre que es “polvo”:

«Tú haces regresar al hombre al polvo  
y dices: “Regresad, hijos del hombre”.  
Ante tus ojos, mil años  
son como el día de ayer que ha pasado,  
como un turno de vigilia en la noche.  
A los confundidos, los sumerges en el sueño;  
son como la hierba que germina en la mañana:  
en la mañana florece, germina,  
en la tarde se cosecha y se seca» (v. 3-6)

Puede ser útil recordar que el término “polvo” (*dakka*, en hebreo) indica el proceso de “pulverización”, por lo que el entero arco de la vida humana destinada a regresar al polvo. Frágil y pobre es la vida humana; por esto la Biblia griega y la Vulgata traducen el hebreo “polvo” con “humillación” “pobreza”, *humilitas*. Una pobre vida que no es abandonada a sí misma, sino sostenida por la fuerza de la Palabra de Dios. «Tú dices: Regresad, hijos del hombre». También nuestro retorno al polvo, es decir, nuestra muerte no es un evento abandonado a sí mismo, sino un momento confortado e iluminado por la promesa de Dios.

La relación entre mil años y un día o un turno de vigilia expresan la infinita distancia entre la eternidad de Dios y la condición mortal del hombre. Mil años, un lapso de tiempo que ninguno de nosotros podrá experimentar, ante Dios son como el día de ayer que ya ha pasado; ante un tiempo más breve aún, como un turno de vigilia en la noche. Breve es la vida y se concluye con la muerte, evocada por el sueño. La muerte es la debilidad radical del hombre, que en la mañana parece florecer como la hierba fresca; pero poco después, esa misma noche, ya se ha secado (para la imagen de la hierba, cfr. también Job 14, 1-2; Sal 102, 12; 103, 15-16; Is 40, 6-8).

«Ya que estamos aniquilados por tu ira,  
estamos aterrados por tu furor.  
Ante ti colocas nuestras culpas,  
Nuestros pecados ocultos a la luz de tu rostro.  
Todos nuestros días desvanecerán por tu ira,  
terminamos nuestros años como un soplo» (v. 7-8).

Experiencia de la propia fragilidad de criatura y conjuntamente experiencia de la fragilidad más abismal, y fuente de profundo sufrimiento, que es el pecado. La ira de Dios, es decir, la forma con la cual Él reacciona al pecado, no es la última palabra. Dios, de hecho, coloca nuestros pecados ante la “luz” de su rostro. Y esta luz evoca su misericordia y su amor que permanecen por siempre, como lo canta el Salmo 30, 6: «Su ira dura un instante, su bondad una vida./ En la noche vela el llanto y en la mañana el canto de alegría».

Ante la triste situación del pecado, se entrelaza nuevamente la experiencia de la precariedad de la vida humana: todo esto no es un obstáculo en el camino hacia Dios, más bien abre aún más la confianza en Dios.

«Los años de nuestra vida son setenta,  
ochenta para los más fuertes,  
pero casi todos son de dificultad, dolor;



pasan rápido y nosotros nos consumimos.  
¿Quién conoce el ímpetu de tu ira,  
tu indignación, con el temor que se te debe?  
Enséñanos a contar nuestros días  
y alcanzaremos la sabiduría del corazón» (v. 10-12).

Aceptando nuestra temporalidad y conjuntamente acogiendo el límite de nuestro pecado, de nuestros errores y debilidades, podemos descubrir la presencia de Dios en nuestra vida, podemos dejar que Él actúe misericordiosamente en nosotros.

## **La jornada de Jesús**

Mucho nos enseña con respecto a la forma de vivir en el tiempo, la descripción que el evangelista Marco hace sobre la jornada de Jesús (Mc 1, 14-45).

La jornada se abre con el momento del anuncio: «El tiempo está cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el evangelio» (1,15). Con Cristo el tiempo del encuentro con Dios se cumple: resuena fuertemente el imperativo de la conversión. El don de Dios – la buena noticia es que Él nos ama – nos empuja a cambiar completamente la dirección de nuestra vida. Aquí reside el valor del tiempo que Dios nos da: vivamos en el tiempo para descubrir y acoger el amor de Dios.

Existe el momento de la llamada (Mc 1, 16-20). El anuncio resuena en el lugar mismo de las actividades de los hombres y las transforma profundamente: «os haré que os convirtáis en pescadores de hombres» (Mc 1, 17). Un trabajo nuevo colocado al servicio de las personas. Un trabajo que colme toda la vida (“os haré”), no siempre tendrá éxitos, sino talvez la mayoría de las veces tantas desilusiones. Los tiempos de las realizaciones están siempre lejos y por lo tanto, el trabajo necesita paciencia y confianza.

Existe el tiempo de la palabra que se concretiza en gesto de solidaridad y de participación. Jesús cura en la sinagoga a un hombre con una psique profundamente turbada, dándole paz nuevamente (Mc 1, 21-27). Después entra en la casa de Simón y Andrés, en compañía de Santiago y Juan, y cura a la suegra de Simón, y ésta comienza a servirlo (Mc 1, 29-31). Ante la puerta de la casa se reúne toda la ciudad, y Jesús, cura a muchos que aquejaban muchas enfermedades y aleja a muchos demonios (Mc 1, 32-34). Jesús ha enseñado la verdad de Dios sirviendo, curando, tomando sobre si mismo los pesos de los demás.

Existe el tiempo de la soledad y de la oración. Jesús sale, cuando todavía está obscuro, y se retira en un lugar desierto. Simón y los que están con él lo siguen, no entendiendo la razón de un comportamiento similar, y lo invitan, casi le ordenan regresar a la ciudad porque todos lo buscan. Pero Jesús responde diversamente. «Vámonos a otra parte en los pueblos cercanos, para que predique también ahí; precisamente por esto he salido» (Mc 1, 38). La oración, cuando es el deseo de adherirse totalmente a la voluntad del Señor, nos abre los ojos para ver que en nuestra vida se esconde el diseño de Dios.

Marco nos presenta a Jesús que pasa a través de lugares y tiempos diversos. En esta diversidad, sin embargo, todo está unificado por la acción de Dios, que Jesús anuncia con palabras y hace palpable con gestos de amor. En un mundo como el nuestro, en donde los tiempos parecen reducidos a una uniformidad sin sentido (¿qué diferencia existe entre días laborales y festivos?), será importante de nuestra parte sentir que todo momento tiene su valor y su riqueza particular. Todo tiempo contiene una palabra que nos interpela: en medio de nuestras actividades, podremos entender si ahí permanece vivo en nosotros el deseo de aquel silencio en el cual dejamos espacio a Dios y en donde el mismo Jesús ha madurado su elección y ha hecho fuerte su fidelidad.

## «... activa y silenciosa»

Ahora, como de costumbre, una rápida consideración a la *Regla de Vida* para buscar, en cuanto al tiempo y al trabajo, las inspiraciones que hemos individuado de la Escritura. Y de inmediato, en el prólogo, se nos presenta la Virgen María. Quienes pertenecen al “Regnum Mariae”, se dice, «desean prolongar en la historia de la salvación, la presencia activa y silenciosa de la Madre de Jesús». Es significativo la colocación conjunta de estos dos adjetivos: activa y silenciosa. La actividad de María asume valor a partir de su silencio, del “sábado” continuo que ha sido su vida, y que debería ser también la nuestra, es decir, toda del Señor.

Todo tiempo, es el tiempo en cual debe crecer el amor por las hermanas: de hecho, nuestra familia debe ser «amada con fidelidad en los momentos alegres y en aquéllos tristes» (art. 2).

Los votos, que nos ligan al Señor, nos ponen en la disponibilidad de acoger los diversos momentos de la vida como lugar del encuentro con Cristo. La castidad, en cuanto es «don de amor total» (art. 10), constituye «un recordatorio para todos los hombres, para vivir en la espera del Señor que viene» (art. 8). La pobreza, que pone la propia seguridad en Dios (cfr. art. 14), nos hace estar listos «a asumir con sencillez las diversas situaciones de la vida» (art. 16). La obediencia, como «búsqueda constante» es «cumplimiento fiel del diseño amoroso y salvífico de Dios» sobre cada uno de nosotros (art. 21); también ésta se encarna concretamente «acogiendo con amor, día con día, las diferentes situaciones que la vida... presenta» (art. 23).

Existen también los artículos dedicados a la oración y a la meditación: artículos de gran compromiso, que recuerdan cómo la consagración “en el siglo” termine por perder sus raíces y su sentido, si falta la dimensión orante que fue parte esencial de la jornada de Jesús en medio a la gente. «Para vivir en una continua actitud orante, dedica en tu jornada y en tu vida, algunos tiempos reservados exclusivamente al encuentro con Dios» (art. 30). «Vive intensamente los diversos tiempos del año litúrgico; - santifica la mañana y la tarde con la celebración de laudes y vísperas; - pon al centro de tu jornada la celebración eucarística...» (art. 31). Es siempre la santa Virgen María a guiarnos en la fidelidad al silencio y a la soledad, condiciones sin las cuales la persona no crece. «Sé fiel a un encuentro personal cotidiano y prolongado con el Señor... La meditación al ejemplo de la Virgen, te ayudará a .... acoger... en los acontecimientos... las palabras de Dios y su amor» (art. 32).

¡No nos olvidemos del artículo 59!

Santa María, “activa y silenciosa”, inspira el servicio en el mundo: «Inspírate en el servicio que María dio y da al mundo, y actúa en la paz, sin la preocupación de quien cree sólo en su actuar» (art. 47). Es la paz del sábado, diría san Agustín, la paz de quien no confía en lo que hace, sino en la acción de Dios. Es el testimonio de una vida «íntegra en la fe, paciente en la esperanza y perseverante en la caridad» (art. 56).

## 4. FIDELIDAD AL MUNDO

*Palabra para la lectio:* «Como tú me has mandado al mundo, también yo los he mandado al mundo» (Jn 17, 18)

*Regla de Vida RM 68:* «Quien desea consagrarse a Dios en el mundo según el espíritu del “Regnum Mariae” debe percibir... la invitación a una presencia escondida en el mundo, en la estima profunda de los auténticos valores humanos que se encuentran, y la capacidad de un testimonio solitario».

El mundo es el preciso lugar del testimonio escondido y silencioso de la vocación secular. Para tratar de comprender el valor, y por lo tanto el compromiso que éste comporta, recogeremos en este esquema algunas indicaciones dadas en el capítulo 17 del evangelio de Juan, en donde, sobre todo en los versículos 9-20, se condensa el término *cosmos*, es decir, "mundo". La obra joánica (evangelio y cartas) se muestra particularmente interesada a tal vocablo: en el evangelio se nombra casi unas ochenta veces y en las cartas 24 veces.

## La gloria del Padre y del Hijo

El capítulo 17 es tradicionalmente llamado la "oración sacerdotal" de Jesús, porque en él Jesús desarrolla la función del sacerdote que intercede por el pueblo. Es una oración muy rica de sugerencias e inspiraciones para quien, habiendo elegido vivir en el mundo la consagración al evangelio, participa, fortalecido por esta misma vocación, al «sacerdocio profético y real de Cristo» (*Regla de Vida*, art. 6), es decir, ofrece a Dios el mundo redimido por una fuerza de amor tan grande que vence todo mal. «Realiza todo en el nombre del Señor Jesús» - continúa el artículo 29 de la *Regla*. «Por la participación a su sacerdocio, tu vida se vuelve oración y alabanza al Padre».

La oración de Jesús retoma varios temas del capítulo 13, con el que forma una especie de marco que cierra los capítulos 14-16, es decir el discurso de despedida a los discípulos, y se une idealmente también con el prólogo (Jn 1, 1-18).

El discurso de Jesús a los suyos, concentrado en su salida de este mundo y conjuntamente con la seguridad de una comunión que permanece más allá de la ausencia física, se concluye con esta luminosa palabra llena de esperanza: «Vosotros tenéis tribulaciones en el mundo, pero sed valerosos; yo he vencido al mundo» (16, 33). Jesús vence y permanece victorioso aunque si se está dirigiendo hacia la pasión, es decir, a una derrota según el pensar humano. Él vence precisamente porque ofrece su vida por la salvación del mundo. El amor es más fuerte que el odio. Por lo tanto «la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no lograron hacerla sucumbir» (Jn 1, 5). El grano de trigo, que cae en la tierra, si muere, produce mucho fruto (cfr. Jn 12, 24). Como Jesús, también el discípulo lleva una victoria: «esta es la victoria que ha derrotado al mundo: nuestra fe. ¿Y quién es quien derrota al mundo sino quien cree que Jesús es el Hijo de Dios? Éste es quien ha venido con agua y sangre, Jesucristo; no sólo con agua, sino con agua y con sangre» (1 Jn 5, 4-6). Jesús vino con agua y con sangre, y toda su vida, desde el bautismo hasta la pasión, ha sido un real compartir la vida del mundo. Así él ha vencido al mundo, y así vencemos también nosotros.

La oración que Jesús dirige al Padre es, por lo tanto, también nuestra oración; se basa en la certidumbre de esta victoria. Ésta inicia así: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique. Ya que tú le has dado el poder sobre todo ser humano [literalmente: *sobre toda carne*], para que él dé la vida eterna a todos aquellos que le has dado» (17, 1-2). Ha llegado la hora de pasar de este mundo al Padre: es el "paso", es decir la Pascua de Jesús (pascua quiere decir paso), que se realiza en el amar a los suyos hasta el don total de si mismo. «Antes de la fiesta de Pascua, Jesús sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Ésta es la hora de la glorificación (cfr. Jn 12, 23; 13, 31), es decir la plena revelación de la realidad luminosa de Dios que resplandece en la vida del Hijo. «Nosotros vimos su gloria, gloria como de un unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (1, 14). La gloria del Padre se manifiesta en el amor de Jesús fiel hasta la muerte. No es la gloria mundana que busca a si misma (cfr. Jn 7, 18; 8, 50), sino la gloria que deriva del don de la vida. Este es el «poder sobre toda carne» que el Padre ha dado al Hijo: un poder salvífico, un poder que alimenta la vida. El Verbo se ha hecho, él mismo, carne (cfr. Jn 1, 14), se ha vuelto uno de nosotros,

cargando sobre sí, nuestros pesos y por lo tanto dando la vida a todos, la vida eterna, es decir, la vida en su plenitud; aquella vida que puede definirse verdaderamente como tal.

«Ésta es la vida eterna: que te conozcan, único y verdadero Dios, y a aquél a quien has enviado, Jesucristo» (Jn 17, 3). La vida es conocer personalmente a Dios («conocer su poder», se dice en el libro de la Sabiduría 15, 3, «es raíz de inmortalidad»), y Jesús puede comunicar este conocimiento porque en él está la Vida y la vida es la luz de los hombres (cfr. Jn 1, 14). Viniendo al mundo, el Verbo ha obtenido de Dios una tarea que cumplir y Jesús declara, en la oración al Padre, que la ha cumplido: «He hecho conocer tu nombre a los hombres que me has dado en el mundo». El nombre es el que Dios ha revelado a Moisés en la zarza ardiente: «Yo soy el que soy», es decir, «Yo soy el que estará contigo» (cfr. Ex 3, 14.12). La realidad que contiene este nombre, ahora en Jesús es clara: «He hecho conocer a ellos tu *nombre* y lo haré conocer, para que el *amor* con el cual me has amado esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 26). El nombre de Dios, es decir, su realidad más profunda, es el amor (cfr. también 1 Jn 4, 16): una realidad inmensa que nunca podrá ser comprendida hasta el fondo; por lo que Jesús dice que ha hecho conocer el nombre, pero que todavía lo hará conocer: es un conocimiento que no se extingue. Y es un conocimiento que sólo por medio de Jesús podemos tener; de hecho, «a Dios nadie lo ha visto: precisamente el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado» (1, 18). Nadie ha visto a Dios: Él es invisible, el no Reconocible. Sólo Jesús que está en el seno del Padre, en una comunión íntima y profunda con él, nos indica el camino para conocer que Dios es amor y que sólo en el amor podemos saber quién es Él. «Amémonos los unos a los otros, porque el amor es de Dios; quien ama es engendrado por Dios y conoce a Dios. Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor..; quien está en el amor, vive en Dios y Dios vive en él» (1 Jn 4, 7-8. 16).

«Llegó la hora, Padre, glorifícame ante ti, con aquella gloria que tenía contigo antes que el mundo fuera mundo» (Jn 17, 5). Cumplida su tarea, Jesús regresa a la gloria que tenía desde siempre, y que se ha vuelto ahora don para la salvación que con su vida él ha dado a la humanidad. El Padre es el origen y la última meta de la misión de Jesús: «Salí del Padre y vine al mundo: ahora dejo de nuevo el mundo y regreso al Padre» (Jn 16, 28). La vida del Verbo está encerrada dentro de la obediencia total al Padre.

### **Fue a su casa...**

Jesús declara que ha hecho conocer el Padre a los hombres que Dios le había dado «en el mundo». Surge aquí una distinción entre aquéllos que pertenecen a Jesús y el mundo. Una distinción que debe aclararse para evitar oposiciones y dualismos que no están en el pensamiento del evangelista.

El mundo, en el cuarto evangelio, es ante todo el conjunto de la creación realizada por Dios por medio de su Verbo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Él estaba al inicio con Dios: todo ha sido hecho por medio de Él, y sin Él nada se ha realizado de todo lo que existe» (Jn 1, 1-3). El mundo, porque creado por Dios, es una cosa buena en sí; es una obra de Dios y depende de Dios. Ya esto muestra cómo la concepción joánica del «mundo» esté lejos de las teorías gnósticas que veían al *cosmos* como obra de fuerzas demoníacas y malvadas. El evangelio ve al mundo en la perspectiva del *Génesis* 1, 1-5. Todo es bueno, porque ha salido de las manos de Dios.

El mundo es frecuentemente entendido como la tierra en donde el hombre vive en el tiempo, entre su nacimiento y su muerte. Al mundo se viene (cfr. Jn 16, 21) y del mundo se va (cfr. Jn 13, 1). El mundo es una realidad transitoria y sin embargo tiene una función importante, la de estar orientado al servicio del hombre. Todo ha sido hecho para la utilidad del género humano. Como ya en el *Génesis* 2, 7-20 y 1, 27-30, así también el inicio del evangelio proclama que la vida, de la cual el Verbo es fuente, es la luz de los hombres.

El mundo es también, y sobre todo, el lugar en donde el Verbo ha puesto su morada. «Venía al mundo la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre. Él estaba en el mundo y el mundo fue hecho por medio de Él» (Jn 1, 9-10). Así, Martha confiesa a Jesús: «Sí, oh Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que debe venir al mundo» (11, 27). El mundo es el lugar en donde Cristo da su testimonio a la verdad: «Por esto he nacido y por esto he venido al mundo: para dar testimonio a la verdad» (18, 37), y en donde lleva la vida: «Dios ha mandado a su unigénito al mundo, para que tuviéramos la vida por Él» (1 Jn 4, 9). El mundo se entiende como el lugar de la vida y de la salvación, el lugar en el cual Dios se revela y la persona debe decidirse por Él o en contra de Él. Por esto el término *kosmos* va más allá del significado de “tierra habitada” y brota en él el término “humanidad”, objeto del amor de Dios que crea y salva (cfr. Jn 1, 13; 3, 17; 13, 1; 1 Jn 4, 8-10. 14-16).

Por lo que el mundo, tiene un valor altamente positivo para el cuarto evangelio, porque en él se revela el amor creador y redentor de Dios. Este amor, sin embargo, exige una respuesta y provoca necesariamente una división, un “juicio”, entre quien lo acoge y quien lo rechaza. De aquí surge la noción de “mundo” como lugar de incredulidad y de odio. El mundo no es malo en sí; se vuelve en base a la elección que realiza la persona. «La luz ha venido al mundo, pero los hombres han preferido las tinieblas a la luz» (Jn 3, 19). «El mundo... me odia, porque de él yo testimonio que sus obras son malas» (Jn 7, 7). Todo hombre es libre de sumergirse en las tinieblas (cfr. Jn 3, 19; 9, 39) o de dirigirse hacia la luz (Jn 3, 21; 8, 12), de permanecer bajo la cólera de Dios (Jn 3, 36) o evitar el juicio (Jn 3, 18; 5,24), de morir en los propios pecados (Jn 8, 21-24) o pasar de la muerte a la vida (Jn 5, 24).

La cosa terrible está precisamente en el hecho que el hombre puede resistir a la llamada divina y vivir en las tinieblas de la propia autosuficiencia (la “noche” de Judas Iscariote: Jn 13, 30): «Quien no permanece en mí, viene arrojado como la hierba y se seca, y después lo recogen y lo tiran al fuego y lo queman» (Jn 15, 6).

### **Elegidos a partir del mundo**

Es de este mundo de incredulidad que los discípulos de Jesús deben de salir, en un éxodo de liberación que los lleva a la conciencia de ser propiedad exclusiva del Señor. «Eran tuyos y me los has dado, y ellos han observado tu palabra» (Jn 17, 6). De hecho, cuantos han acogido la Palabra, se vuelven hijos de Dios, «los cuales no de sangre, ni de deseo de carne, ni de voluntad de hombre, sino de Dios han sido engendrados» (1, 13). Entre los hijos de Dios y el mundo incrédulo, existe una oposición irreducible; el mundo los odia porque ve en ellos una realidad que lo contradice y lo contrasta. «Si el mundo os odia, sabed que antes de a vosotros, me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero ya que no sois del mundo, sino que yo os he elegido a partir del mundo, es por esto que el mundo os odia. Recordaos de la palabra que os he dicho: un siervo no es más grande que su amo. Si han perseguido a mí, también perseguirán a vosotros; si han observado mi palabra, observarán también la vuestra. Pero os harán todo esto a causa de mi nombre, porque no conocen a aquél que me ha enviado» (Jn 15, 18-21).

Esta oposición entre el mundo y los creyentes surge neta en la oración de Jesús: «No ruego por el mundo, sino por aquéllos que me has dado, porque son tuyos» (Jn 17, 9). La carencia de fe es, de hecho, un obstáculo imposible de vencer; si el hombre no quiere abrirse, la Palabra no logra penetrar en él. «Si bien hubiera cumplido tantos signos ante ellos, no creían en él... Y no podían creer, por el hecho que Isaías había dicho: *Ha hecho ciegos sus ojos/ y ha endurecido sus corazones,/ porque no veían con*

*los ojos/ y no comprendían con el corazón; ¡qué se conviertan/ y yo los curaré!»* (Jn 12, 37. 39-40).

En práctica, el mundo es la consecuencia del endurecimiento del hombre. Esto no corresponde a determinar las personas. Históricamente se pueden individuar personas y grupos como expresiones de este mundo, pero tal pertenencia es siempre momentánea. Se trata de un comportamiento o de una elección moral que va más allá del mundo judío, sobrepasa la época de Cristo y de la iglesia apostólica. En el evangelio de Juan, los judíos, enemigos y perseguidores de Jesús, son el símbolo de una clausura sin vía de escape.

El mundo son los que resisten a la luz (Jn 1, 5) y caminan en las tinieblas (Jn 8, 12. 23; 12, 35), no reconocen al Verbo (1, 10), no pueden recibir al Espíritu de Verdad (Jn 14, 17), no pueden “ver” al Resucitado (Jn 14, 17), no han recibido a Cristo ni han acogido sus palabras, ni interpretado justamente sus obras (Jn 8, 23-24. 47-48; 14, 22; 16, 8-11). El mundo son los que odian a los discípulos y se alegran por perseguirlos (Jn 16, 20). Son los que, aman sólo a los propios secuaces (Jn 15, 19).

Este comportamiento puede involucrar a los mismos cristianos si recaen en la incredulidad. Los discípulos no pueden estar seguros en la elección que han hecho, porque la recaída en la incredulidad es un peligro al cual están continuamente expuestos. El evangelio y las lecturas de Juan aluden con frecuencia a la traición de los convertidos. «¿No he sido yo quien ha elegido a vosotros doce? Y no obstante, uno de vosotros es un diablo» (Jn 6, 70; cfr. también Jn 6, 64-65; 13, 21.38; 18, 15-27; 1 Jn 2, 18-19; 4, 1-3). La decisión humana no es estable ni en el bien ni en el mal. El mundo es una realidad fluctuante de la cual no es posible determinar las personas que le pertenecen. Éste está inspirado por un poder tenebroso (cfr. Jn 8, 23-24) y se concretiza en el odio y en la condenación en contra de Jesús y de su comunidad: «He dado a ellos tu palabra y el mundo los ha odiado porque ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo» (Jn 17, 14; 1 Jn 3, 10-15). El creyente está expuesto continuamente al riesgo de ser separado de Cristo (cfr. Jn 6, 59-60. 66-71; 12, 48; 13, 21; 15, 6) y de disolver, con su comportamiento, la unidad de la vida fraterna (1 Jn 2, 19).

Los creyentes, afirma Jesús, «no son del mundo, como yo no soy del mundo». Y sin embargo, «no pido que tú los saques del mundo, sino que los cuides del maligno» (Jn 17, 15). En esta oración, que refleja el *Padre nuestro* (cfr. Mt 6, 13), Jesús nos hace entender que nosotros no estamos en el mundo como una especie de exiliados en un país que no es el nuestro y en el cual tenemos que sentirnos extraños y alejados. Vivamos en el mundo que Dios ha creado para ponerlo al servicio del hombre, por lo que vivamos en el mundo con el compromiso de hacerlo cada vez más conforme a la voluntad del Señor. Pero al mismo tiempo, podemos ser absorbidos por la mentalidad de un mundo que se cierra a Dios y a su don. Por lo que Jesús continúa pidiendo al Padre diciendo: «Santifícalos en la verdad. Tu palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, también yo los he enviado al mundo; por ellos, yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 17-18). Ser santos quiere decir ser diversos: se vive en el mundo con una identidad que se distingue de los demás, no para aislarnos de ellos, sino para estar en medio de ellos, levadura de una vida nueva.

Nuestro compromiso en el mundo es entonces el de permanecer fieles a nuestra identidad de consagrados a la verdad, de amigos de Dios, de pertenecientes a la comunidad de Jesús, donde el primer mandamiento es el amor: «Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. Ningún amor es más grande de éste: dar la vida por los propios amigos. Vosotros sois mis amigos, si haréis lo que os he mandado. No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; sino que os he llamado amigos, porque todo lo que he escuchado del Padre os lo he hecho conocer» (Jn 15, 12-15). A sus amigos, Jesús les hizo conocer el nombre del Padre; él ruega para

que este conocimiento crezca cada vez más. Recordemos una vez más la conclusión de la oración: «Yo he hecho conocer a ellos tu *nombre* y lo haré conocer, porque el *amor* con el cual me has amado demore en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 26). Este amor del Padre por el Hijo, es el mismo vínculo del Espíritu, es el Amor trinitario en el cual la comunidad de los creyentes está sumergida, se mueve y se desarrolla.

## **Perfectos en la unidad**

El amor de Dios es más fuerte de todo odio, de toda clausura. Jesús dice que no ruega por el mundo, sino sólo por los que Dios le ha dado (Jn 17, 9). No es la declaración de una condenación definitiva del mundo, porque el espacio de la conversión permanece abierto y la llamada de Dios continúa resonando: «Aún por poco tiempo la luz está con vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; quien camina en las tinieblas no sabe dónde ir. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para volveros hijos de la luz» (Jn 12, 35-36; cfr. también Jn 7, 31.40.41.50-51; 8, 30-32; 10,21; 11,45; 12, 9). Jesús es el día de la salvación que Abraham ha visto y del cual se ha alegrado (Jn 8, 51-57); lo que Moisés ha escrito sobre él (Jn 1, 45) ahora se cumple (Jn 5, 45-46; 19, 36); él viene como luz del mundo: «Yo vine al mundo como luz para que quien cree en mí, no permanezca en las tinieblas» (Jn 12, 46). La voluntad de Dios es siempre y sólo la voluntad de la salvación: «Venía al mundo la luz verdadera, la que ilumina *a todo hombre*» (Jn 1, 9; cfr. también 6, 14; 11, 27; 18, 37; 1 Jn 4, 8-10. 14. 16).

Jesús es el Cordero de Dios que lleva sobre sí, destruyéndolo, el pecado del mundo, es decir, su incredulidad (cfr. Jn 1, 29). Sólo el amor salva al mundo. «Dio amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que quien crea en él no muera, sino tenga la vida eterna. Dios no ha mandado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de Él» (Jn 3, 16-17).

La tarea de este amor, más fuerte que cualquier muerte, ha sido entregado ahora a los discípulos de Jesús, que deben insertar en el mundo, a través de su vida fraterna, una corriente nueva, «Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí» (17, 23). Jesús no ruega por el mundo, en cuanto a expresión de una realidad cerrada hacia la salvación; pero confía a nosotros la responsabilidad hacia este mundo que debe ser derrotado por medio de nuestro amor. «No ruego por estos solamente, sino también por aquellos que por su palabra creerán en mí» (Jn 17, 20). El amor de Dios es para todos y es la fuerza de este amor la que conquista al mundo entero: «Tengo otras ovejas que no son de este redil; también a éstas yo debo conducir; escucharán mi voz y se volverán un solo rebaño y un solo pastor» (Jn 10, 16).

## **Testimoniar el Evangelio ... permaneciendo en el mundo**

Es el compromiso que toda hermana, eligiendo formar parte del *Regnum Mariae*, asume, como lo declara la *Regla de Vida* en el artículo 1. Se subraya fuertemente la expresión “*permaneciendo en el mundo*”: es un permanecer que indica una fidelidad al mundo, una adhesión a la realidad en la cual se vive y que se desea transformar, asumiéndola con el mismo amor de Cristo, como lo afirma el artículo 4: «Cada una actúa la consagración [la santificación, según el significado bíblico] *permaneciendo* en su ambiente, comprometida en actividades comunes a todos los hombres. Nuestro apostolado de ser testigos, es vivir en Cristo todas las realidades humanas y completar, en espíritu de servicio, el mandato social con responsabilidad y competencia». Cfr. también el artículo 28: «Tú... deseas amar al mundo como Cristo mismo lo ama», y el artículo 46: «Vivamos

nuestra secularidad consagrada operando en forma directa y concreta en la realidades temporales, en las cuales estamos insertadas, para ordenarlas hacia Dios por medio de Cristo». En esta fidelidad al mundo se realiza la secuela de Cristo (cfr. art. 55).

Como se ha visto reflexionando sobre el capítulo 17 de Juan, es la unidad el camino a través del cual podemos hacer presente Dios en el mundo. «Recordando las palabras de Cristo: “por esto todos sabrán que sois mis discípulos, si tendréis amor los unos por los otros” (Juan 13, 35), vivamos unidas en caridad las unas hacia las otras» (artículo 3). Mediante nuestra unidad, el mundo descubre que también él está llamado a actuar la fraternidad universal: «Cumple tu servicio en el mundo como expresión de la fraternidad universal que te une a toda criatura a causa del mismo origen a partir de Dios Padre y de la comunión realizada por la reconciliación de Cristo» (art. 54).

Viviendo unidos en el amor, se renueva nuestra relación con el mundo. «Cada una viva con amor el misterio de la Iglesia y se haga expresión y solicitud de la relación siempre nueva, de ella misma con el mundo» (art. 5). El misterio de la Iglesia es la comunión con Jesús y con los miembros de su comunidad. La comunión es la levadura escondida que transforma al mundo y lo hace cada vez más conforme al proyecto de Dios. La comunión con Jesús forma la identidad del cristiano y le da la fuerza de permanecer auténticamente en el mundo, sin absorber una mentalidad que es extraña al evangelio. Santa María nos es maestra en esto; de hecho, es a partir de su íntima unión con Jesús de Nazaret, que aprendemos el sentido de nuestra inserción en la sociedad (cfr. art. 6).

La “secularidad consagrada” lleva silenciosamente en el mundo la realidad de Cristo, lo anuncia, es decir, sin palabras, pero con la misma vida. Su aliento profundo es el de hacer nacer a Cristo «en el corazón de los hombres y ser para ... los hermanos el lugar en el cual Dios continúa a reconciliarlos con él para hacerlos partícipes de su gloria» (art. 11).

## **5. FIELES A CRISTO**

*Palabra para la lectio:* «Cristo es nuestra paz, ... para crear en si mismo, de dos, un solo hombre nuevo» (Ef 2, 14.15)

*Regla de Vida RM 54:* «Cumple tu servicio en el mundo como expresión de la fraternidad universal».

En los esquemas anteriores hemos reflexionado sobre la bondad del mundo así como salió de las manos de Dios, sobre nuestra tarea en este mundo en cuanto creados a imagen y semejanza de Dios, y sobre el valor del tiempo, como dimensión que nos hace descubrir el amor de Dios y conjuntamente, nuestros límites como criaturas. En el cuarto esquema, en base al evangelio de Juan, recordamos cómo estamos auténticamente en el mundo, no conformándonos a su mentalidad, sino despertándonos hacia un modo nuevo de vivir, que consiste esencialmente en el construir una humanidad unida y fraterna. El presente esquema continúa este discurso sobre la base de la carta a los Efesios, que constituye para las hermanas del Regnum Mariae un texto inspirado de particular importancia, dado que el epílogo de la Regla de Vida es la cita de Ef 3, 14-21; un pasaje que se retomará en uno de los esquemas futuros.

### **Las raíces de la iglesia**

La carta a los Efesios – en la que es poco importante el hecho que haya sido escrita por Pablo o por uno de sus discípulos – se pone al centro de la atención el tema



eclesiológico: la *ekklesia* no indica la singular comunidad local, sino la totalidad de los fieles que forman una sola grande comunidad. En esta comunidad universal, encuentran lugar personas provenientes de diversos ámbitos religiosos y culturales, así como viene indicado por las categorías frecuentemente recurrentes del “nosotros” y del “vosotros” (cfr. Ef 1, 12-13; 2, 1.3.11.13.17.22; 3,1). El “nosotros” identifica al autor de la carta y al grupo al cual pertenecía, es decir, a los cristianos provenientes del judaísmo; el “vosotros” son los cristianos convertidos del paganismo. El peligro de la comunidad es el del prevalecer de un grupo sobre el otro, con la consecuente ruptura de la unidad, preocupación del autor de la carta. Es importante notar que el término “unidad” aparece solamente en Ef 4, 3. 13 en toda la Biblia.

Es probable que el grupo proveniente del paganismo fuera el más consistente y el más fuerte. Existía el peligro que la comunidad olvidase las que eran sus raíces (cfr. Rm 11, 18). Por esto se insiste sobre la grande dignidad de Israel en el diseño salvífico de Dios. «Recordaos – dice el autor dirigiéndose a los expaganos – que un tiempo vosotros, paganos de nacimiento, llamados no circuncidados por aquéllos que se dicen circuncidados porque son tales por la mano de hombre, recordaos que en aquel tiempo estabais sin Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel, extraños a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en este mundo» (Ef 2, 11, 11-12). Aquí se enlistan los dones que Dios ha dado a Israel y que permanecen por siempre, porque Dios es fiel, dones que ahora se hacen partícipes también a aquéllos que provienen del paganismo. Estos dones son Cristo, es decir el Mesías; la ciudadanía de Israel, especificada de inmediato en relación a los “pactos de la promesa”, es decir el vínculo particular con Dios; después la esperanza como tensión y espera del cumplimiento final de la historia de la salvación; y finalmente Dios mismo.

La obscuridad más grave para un no creyente es precisamente esta lejanía de Dios. Por lo que encontramos en la carta una detallada exhortación: «Os digo y os ruego en el Señor: no comportaos ya como paganos en la vanidad de su mente, ciegos en sus pensamientos, extraños a la vida de Dios a causa de la ignorancia que se encuentra en ellos, y por la dureza de su corazón» (4, 17-18). Extraños a la vida de Dios: esta falta o alienación, fuente de infelicidad y de desorientación, se vence mediante la participación a los “privilegios” de Israel, es decir a la profunda unión que une a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Israel, de hecho, es el signo de aquella plenitud de sentido que proviene de la fe; él es el símbolo de la fe como comunión profunda con el Dios invisible. Según la etimología tanto significativa de Filón de Alejandría, Israel quiere decir “el hombre que ve a Dios”.

Cuántas veces en los salmos encontramos expresos los deseos ardientes de Dios y de la alegría de la comunidad con él.

“Una cosa he pedido al Señor,  
sólo ésta busco;  
habitar en la casa del Señor  
todos los días de mi vida,  
para gustar la dulzura del Señor  
y admirar su santuario” (Sal 27, 4).

“¿A quién otros tendré para mí en el cielo?  
Fuera de ti no ardo de nada en la tierra.  
Desaparecen mi carne y mi corazón;  
pero la roca de mi corazón es Dios,  
es Dios mi suerte para siempre...

mi bien es estar cerca de Dios" (Sal 73, 25-27).

"Oh Dios, tú eres mi Dios, a la aurora te busco...  
porque tu amor vale más que la vida...  
exulto de alegría a la sombra de tus alas" (Sal 63, 2.4.8).

"Mi alma se desploma  
y brama los atrios del Señor.  
Mi corazón y mi carne  
exultan en el Dios viviente.  
También el pájaro encuentra casa,  
la golondrina el nido  
en donde depositar a los pequeños,  
en tus altares..." (Sal 84, 3-4).

"¡Qué alegría cuando me dijeron:  
"Vamos a la casa del Señor".  
Y ahora nuestros pies se detienen  
a tus puertas, Jerusalén!" (Sal 122, 1-2).

Ya que Israel ha tenido el don precioso de la fe, se entiende que quien está lejos de Israel, está lejos también de Dios: "los lejanos" (2, 13) son también "excluidos" (2, 12), "extraños" (2, 12). No quiere decir que los paganos, volviéndose cristianos, tengan que hacerse judíos. También para los judíos se ha derrumbado el muro divisorio de la ley, entendida como el complejo de preceptos humanos que se sobreponían a la *Torah* de Dios y que han hecho del pueblo hebreo un mundo a parte, dividido por los otros. El superar toda alienación y división, se otorga ahora únicamente por Cristo Jesús.

## **Cristo nuestra paz**

«En Cristo Jesús, vosotros que un tiempo estabais lejos, os habéis vuelto cercanos gracias a la sangre de Cristo» (Ef 2, 13). La voluntad de Dios para el mundo es la de «recapitular todas las cosas en Cristo» (1, 10). El mundo entero es lugar de la señoría de Cristo: «Todo [Dios] ha sometido a sus pies» (1, 22). Pero sólo la Iglesia es "cuerpo" de Cristo (cfr. Ef 1, 23; 2, 16; 4, 4.12.16; 5, 23.30), por lo que es una realidad que pertenece en forma especialísima a Cristo. A partir de Él, «todo el cuerpo, bien compaginado está correlacionado, mediante la colaboración de toda coyuntura, según la energía propia de todo miembro, recibe la fuerza para crecer para edificarse a sí mismo en la caridad» (4, 16). Mundo e iglesia están sometidos a la misma señoría de Cristo; pero sólo la Iglesia está «llena de él que colma totalmente cualquier cosa» (1, 23), el lugar en donde ya obra la potencia de Cristo (cfr. 3, 19). Esta unión profunda se explica con el símbolo nupcial (cfr. Ef 5, 25-27), según el antiguo lenguaje profético (cfr. en particular a Oseas) y con éste el de "templo santo" (2, 21) que crece sobre el "fundamento de los apóstoles y de los profetas". La meta de toda la vida de la iglesia es la de alcanzar la «plena madurez de Cristo... viviendo según la verdad en la caridad» (Ef 4, 13. 15).

En esta iglesia, que es una realidad compuesta por personas provenientes de experiencias religiosas y culturales diversas, y en donde siempre está presente una tensión ecuménica, Cristo «es nuestra paz, el que ha hecho de dos uno solo, destruyendo el muro de separación que se encontraba en medio, es decir, la enemistad, anulando por medio de su carne, la ley hecha por prescripciones y decretos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, creando la paz, y para reconciliar a todos con Dios en un solo cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo en sí mismo la enemistad» (2, 14-16). Cristo que de dos realidades ha hecho una cosa sola, es nuestra paz, no en sentido psicológico, es decir

como paz del alma, sino en sentido social y ecuménico, como superación de la enemistad que separaba anteriormente a toda la gente de los judíos. Se superan, en Cristo, las diferencias de los pueblos; ya no existe un pueblo superior al otro; sino que, eliminada la barrera religiosa, cultural y racial, todos son una sola cosa. Esta es la humanidad nueva creada por Cristo. Éste es el único paso de la Escritura en el cual se habla de Cristo no sólo como mediador de la acción creadora de Dios, sino también como sujeto de una creación suya.

Es la cruz de Cristo el inicio de esta creación nueva: humanidad que ya no es extraña a Dios y reconciliada con si misma. Ya que la humanidad está reconciliada con Dios, está también en paz con todos. El cuerpo en el cual los dos bloques de la humanidad, separados por el muro del odio, se reconcilian entre ellos, y también es el cuerpo en el cual se reconcilian con Dios. Tal vez podemos escuchar aquí el eco de lo que la tradición evangélica dice en relación a los dos mandamientos de Dios y del prójimo. Un doctor de la ley había preguntado a Jesús qué es lo que tenía que hacer para lograr la vida eterna; y Jesús lo manda a la Palabra de Dios en donde se lee: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo». Y Jesús concluye: «Haz esto y vivirás» (Lc 10, 25-28 y paralelos).

## La familia de Dios

Es por medio de Cristo que «ambos tenemos el acceso al Padre en un solo Espíritu» (v. 18). El término traducido con “acceso” tiene en el griego del tiempo varios significados: indica el atracado de una nave que llega al puerto, la admisión de alguien a la presencia del rey, la presencia de un acusado ante el juez, y finalmente, el acto de ofrenda cultural a Dios (por esto cfr. en griego bíblico, por ejemplo: Ex 29, 4.10; Lev 1, 2; 8, 24; Num 8, 9-10). Este último significado está presente en la carta a los Efesios, como puede verse en el paso paralelo de Col 1, 21-22: «También vosotros, que un tiempo estabais excluidos y erais enemigos..., ahora él os ha reconciliado por medio de la muerte de su cuerpo de carne, para presentaros santos, inmaculados e irreprochables ante su presencia». El lenguaje aquí es claramente litúrgico y recurre, en el Antiguo Testamento, en relación a cosas y personas que se ofrecen al Señor (cfr. Dt 12, 18; 16, 16) o simplemente en relación al servicio desempeñado por los sacerdotes en el templo (cfr. Dt 10, 8; 18, 5.7). Sólo Cristo nos presenta al Señor Dios como ofrenda pura, purificada por su sangre. No podemos acercarnos a Dios si no es en Jesús; de hecho, es sólo él quien «nos da el valor de acercarnos con plena confianza por la fe en él» (Ef 3, 12). Todos los creyentes en Cristo pueden ya «acercarse con plena confianza al trono de la gracia para recibir misericordia» (Hb 4, 16).

Descubrir que en Cristo estamos en comunión plena con el Padre, es una grandísima alegría. El eco de tal alegría resuena en la carta a los Romanos: «Por su medio [de Jesucristo] hemos obtenido, mediante la fe, la posibilidad de acceder a esta gracia, en la cual nos encontramos» (Rm 5, 2); y aún más en la Primera carta de Pedro: «Cristo una vez por todas, murió por los pecados, de los justos y de los injustos, a fin de hacer posible que llegáramos ante Dios» (3, 18).

Este “acercarse” a Dios en Cristo, no se refiere solamente a la esfera cultura; incluye toda la existencia que en su humilde cotidianeidad iluminada por el amor de Cristo, se vuelve una liturgia viviente. Por esto en el Nuevo Testamento, se habla de la vida cristiana como un culto espiritual (cfr. Rm 12, 1; 1P 2, 5).

Ahora podemos acercarnos al Padre “en un solo Espíritu”. La expresión indica la profundidad de la comunión. En la oración de Ef 3, 14-21 – la que se ha considerado como el epílogo de la *Regla de Vida* – se pide el «ser fuertemente corroborados en el hombre

interior por medio del Espíritu» (3, 16). El hombre interior es la persona del corazón renovado por el Espíritu, el hombre nuevo (cfr. Ef. 4, 24) que en fuerza del Espíritu está con Dios en una relación filial, en donde ya no existe el miedo sino sólo tanto agradecimiento por el amor que ha sido donado.

“En un solo espíritu” (ya no con la ‘e’ mayúscula) se podría aludir también a la unidad de todos aquéllos que ahora son parte de la única comunidad eclesial. Y de hecho, la parte exhortativa de la carta, insiste sobre nuevas relaciones humanas. La comunidad canta concordemente salmos, himnos y cánticos inspirados, celebra al Señor con todo el corazón, dando gracias por todas las cosas (cfr. Ef 5, 19-20); pero todo esto tiene sentido si se traduce en una vida en la cual brilla la misma luz de Dios: «Si un tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Por lo que comportaos como los hijos de la luz; el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad» (Ef 5, 8-9).

Después de haber presentado a Cristo como fuente de reconciliación y de paz en una Iglesia que vive intensamente la comunión, el autor de la carta a los Efesios, dirigiéndose a los cristianos provenientes del paganismo, puede concluir: «Por lo que ahora vosotros ya no sois extranjeros, ni huéspedes, sino sois conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre los cimientos de los apóstoles y de los profetas, y teniendo como piedra angular al mismo Cristo Jesús» (Ef 2, 19-20).

Es de notar la posición antitética de los versículos 12 y 19:

<i>“erais</i>	<i>/ sois</i>
<i>excluidos de la ciudadanía de Israel / ya no más extranjeros... sino conciudadanos</i>	<i>extraños a las promesas</i>
	<i>/ familiares de Dios”.</i>

Quien alcanza, en Cristo, la intimidad con Dios, ya no es extraño a nadie de este mundo. La afirmación «vosotros ya no sois extranjeros ni huéspedes» puede sonarnos una contradicción con lo que se lee, ya sea en el Antiguo que en el Nuevo Testamento, sobre la condición de extranjero que es propia no sólo del creyente (cfr. por ejemplo 1 Pe 1, 1 y 2, 1 o Heb 11, 13-14; 13,14) sino del hombre en cuanto tal (cfr. Sal 39, 13). Pero aquí la carta a los Efesios quiere comunicarnos el derrumbarse de toda barrera en el amor de Jesucristo.

## **Vivir con amor el misterio de la Iglesia**

Dios creador, que todo “recapitula” en Cristo crucificado y resucitado, quiere a la Iglesia como imagen de la humanidad reconciliada y como profecía del Reino. Esta verdad, que se encuentra al centro de la carta a los Efesios, tiene para toda hermana del *Regnum Mariae* un particular valor: amando a la Iglesia, con el deseo de hacerla más bella con la santidad de la propia vida, toda hermana se inserta auténticamente en el mundo y lleva las energías de bien que abren la vía a Cristo.

El artículo 5 dice que toda hermana debe amar “el misterio de la Iglesia”, el misterio que se revela en la Iglesia. Este misterio es el plan de Dios que en Cristo ha reconciliado a todos los hombres. Por lo que es necesario no cansarse en la búsqueda de todos los caminos posibles que llevan a la paz, a la acogida recíproca, al perdón.

Este amor a la Iglesia se expresa ciertamente a través de la colaboración factible con «la misión de cuantos en la Iglesia están llamados a ejercer el sacerdocio ministerial» (artículo 6 y artículo 45), y mediante la obediencia al magisterio de la Iglesia (artículo 25); pero se sostiene sobre todo por una vida interior intensa. Es esta, como se ha visto, la exigencia primaria de la Iglesia, “cuerpo de Cristo”, y sin embargo, nunca plenamente identificada con Él; por lo que está llamada a ser dócil a la acción del Espíritu que la empuja

incesantemente a colmar esta distancia entre ella y su Señor. La Iglesia es ella misma cuando vive en el Espíritu la relación íntima con Dios. Esto no quiere decir espiritualizar a la Iglesia, alejarla de su compromiso en el mundo; al contrario, ella se inserta realísticamente en el mundo si permanece fiel a Cristo y a su misión.

Por lo que sabiamente la *Regla de Vida* insiste sobre la dimensión interior de la vocación secular. Precisamente porque inmersa en la realidad y en las actividades de este mundo, la vocación secular exige que el Evangelio penetre en la profundidad de los corazones. Así lo leemos en los artículos 9 y 10 que en el «don de amor total, exclusivo y recíproco», precisamente signo de la acción del Espíritu en nosotros, nuestro ser encuentra plenitud y armonía con todo el creado. El artículo 17 recuerda que en la pobreza interior, conciencia que todo es don y todo debe ser compartido, encontramos siempre la fuerza para acoger, escuchar, dialogar. La «profunda y constante comunión con el Señor» (artículo 28) se alimenta a través de la oración, es decir de la búsqueda incesante del rostro del Padre bajo el impulso del Espíritu. Así la oración transforma la vida entera en una liturgia perenne (artículos 29 y 48).

Ya que la vocación secular «se perpetua en una constante invitación y en una continua respuesta, hasta alcanzar la plena estatura de Cristo (cfr. Ef 4, 13)» (artículo 55), su tarea principal es la de acompañar el «camino de toda la humanidad hacia aquella fraternidad universal que será completa sólo en la casa del Padre» (artículo 44), y su servicio en el mundo será auténtico en la medida en la cual es «expresión de la fraternidad universal que nos une a toda criatura a causa del mismo origen a partir de Dios Padre y de la comunión operada por la reconciliación de Cristo (artículo 54)». Como se ve, el eco del mensaje de la carta a los Efesios es constante y nos repite el motivo por el cual estamos juntos, como hermanos y hermanas de una sola familia, y continuamos siéndolo, tenazmente, no obstante las dificultades. Traicionar esta fidelidad, sería traicionar las expectativas del mundo.

## 6. TESTIGOS DE ESPERANZA Y DE CARIDAD

*Palabra para la lectio:* «...siempre listos para responder a cualquiera que pregunte la razón de la esperanza que vive en vosotros» (1P 3, 15)

*Regla de Vida RM 11:* «Recuerda que llevando a Cristo silenciosamente, podrás contribuir a su nacimiento en el corazón de los hombres».

Cristo es la razón de la esperanza de la cual damos testimonio con nuestra vida y nuestra palabra: es éste uno de los temas principales de la primera carta de san Pedro dirigida a los “electos – extranjeros de la diáspora” (1P 1, 1), es decir, a todos nosotros que nos encontramos dispersos en el mundo como extranjeros en la búsqueda de una patria. Encontramos en esta carta los motivos e inspiraciones que nos alientan en la fidelidad hacia nuestra vocación “secular”.

### En un mundo hostil

En el saludo final, encontramos indicado el objetivo de la carta: «Os he escrito brevemente, como así lo considero, por medio de Silvano<sup>[10]</sup>, hermano fiel, para exhortaros a convenceros que ésta es la verdadera gracia de Dios. ¡En ella permaneced firmes!» (5, 12). La “verdadera gracia” son las mismas dificultades que los cristianos de las iglesias de Asia están sufriendo y que contienen en si una promesa: «El Dios de toda gracia, el cual os ha llamado a su gloria eterna en Cristo, quien os restablecerá, después de un breve

sufrimiento, y os confirmará y os hará fuertes y firmes» (1P 5, 10). Probablemente no se trata de una persecución en concreto, sino de aquellos sufrimientos causados por la hostilidad del ambiente circunstante. De hecho, más de una vez, la carta nos lo menciona: «Estáis colmados de alegría, aunque si por ahora estáis un poco afligidos por diversas pruebas» (1, 6). «Si haciendo el bien soportaréis con paciencia el sufrimiento, esto será de agrado a Dios» (2, 20). «Aunque si tuvierais que sufrir por la justicia, ¡bienaventurados!... De hecho es mejor, si así lo quiere Dios, sufrir haciendo el bien que haciendo el mal» (3, 13.17). «No os sorprendáis por el incendio<sup>[11]</sup> que se ha encendido en medio de vosotros para probaros, como si os sucediera algo extraño. Pero en la medida en la cual participáis a los sufrimientos de Cristo, alegraos» (4, 12-13). La carta de Pedro, por lo tanto, es una exhortación a los cristianos que tienen necesidad de apoyo y de sostén. Ellos son una minoría que conducen un tipo de vida diversa, y por lo tanto incomprensible a una sociedad que tiene intereses totalmente diferentes.

En esta acción de apoyo, la carta utiliza frecuentemente el recurso de la Palabra de Dios: no sólo del Antiguo Testamento, sino también de algunas expresiones en las cuales resuena la misma voz de Jesús. La palabra del Señor es, ante todo, el apoyo más seguro y la luz más limpia en el camino, con frecuencia obscuro, por los senderos del mundo.

Del Antiguo Testamento son diversas las citas explícitas, según la versión griega de los Setenta. En 1, 24, a propósito de la «palabra de Dios viva y eterna» que nos regenera para una vida de fraternidad y de comunión, se cita el hermoso pasaje de Isaías 40, 6-8: «todos los mortales son como la hierba/ y todo esplendor es como la flor de la hierba./ La hierba se marchita y las flores caen,/ pero la palabra del Señor permanece en eterno».

En 1, 16, para revivir el compromiso de la santidad, sobre el modelo del Santo que nos ha llamado, se recuerda la invitación de Dios como está escrito en el libro del Levítico 19, 2: «Vosotros seréis santos, porque yo soy santo». Dios es santo porque es el totalmente «Otro»; así el cristiano en el mundo es santo porque es diverso y es esta diversidad la fuente de la incomprensión y de la hostilidad. Pero si no fuera diverso, el cristiano ya no sería levadura.

En 2, 6-7 la construcción del edificio de la comunidad fundado sobre la piedra que es Cristo, encuentra inspiración en Isaías 28, 16 («He aquí que pongo en Sión/ una piedra angular, elegida, preciosa/ y quien cree en ella no quedará confundido») y en el Salmo 118, 22 («la piedra que los constructores han descartado/ se ha convertido en la piedra angular,/ piedra de tropiezo y piedra de escándalo»). Esta comunidad es «la estirpe elegida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo de Dios que ha sido adquirido para que proclame sus obras maravillosas»; lo que un tiempo no era un pueblo, ahora es pueblo de Dios; lo que un tiempo estaba excluido de la misericordia, ahora en cambio ha obtenido misericordia. Así, Dios mismo ha asegurado, como se lee en el Éxodo 19, 5-6; Isaías 43, 20-21 y Oseas 1, 6-9 y 2, 3.25.

En esta comunidad, en la cual Dios ha derramado su amor, los hermanos no dan mal por mal u ofensa por ofensa, sino al contrario, responden bendiciendo, «ya que a esto *han* sido llamados para tener en herencia la bendición» (1P 3,9). De hecho, es la comunidad de los pobres y de los pequeños, como lo recuerda el Salmo 34, 13-17, el salmo del humilde que busca y teme a Dios; en él encuentra apoyo y se mantiene lejos de toda forma de mal, buscando únicamente la paz. Para exhortar a la «humildad de los unos hacia los otros» (1P 5, 5) se cita Proverbios 3, 34 («Dios resiste a los soberbios,/ pero da la gracia a los humildes»).

Otras alusiones se encuentran en el libro del Génesis (1P 3, 20), en los Salmos (cfr. 1P 2, 3; 5, 7.9), en los Proverbios (2, 17; 3, 15; 4, 18), en el Sirácide (1P 5, 7) y nuevamente en el segundo Isaías (1P 1, 19-21).

Significativos son las referencias a Mateo y a Lucas (cfr. 1P 1, 2.4.11.12.13; 2, 4.12.23; 3,9.13). La figura de Jesús como pastor (cfr. 1P 2, 25) y el tema de la regeneración (cfr. 1P 1, 23) que nos recuerdan la tradición joánica.

Fortísimas son también las relaciones con las cartas de Pablo a los Romanos y a los Efesios y las cartas “pastorales” (confrontar los pasos paralelos indicados en la Biblia de Jerusalén). Faltan los temas centrales de la teología paulina, como los de la justificación y de la ley; pero el autor de la 1P conoce expresiones típicamente de Pablo como gracia, elección, salvación, libertad y sobre todo, la intensa expresión «en Cristo».

Aún de mayor importancia son las relaciones con la carta de Santiago. Ya el inicio es muy conforme (1P 1,1/ Sant 1,1); pero también hay que confrontar 1P 1, 6/ Sant 1, 2-3; 1P 1, 23/Sant 1, 18; 1P 2, 1/Sant 1, 21; 1P 2, 11/Sant 4, 1; 1P 2, 19/Sant 5, 7-11; 1P 4, 8/Sant 5, 20; 1P 4, 13/Sant 1, 2-3; 1P 5, 5/Sant 4, 6-10. Estas relaciones recíprocas indican que ambas viven en una misma atmósfera espiritual, absorben de una misma tradición que después utilizan según la necesidad del ambiente en el cual viven.

Por último se deben evidenciar también las relaciones con la carta a los Hebreos, por lo que compete al tema del pueblo en camino (cfr. 1P 1,9; 2, 11; Heb 11), de la sangre de la aspersión (1P 1, 2/Heb 12, 24), de la muerte salvadora de Cristo que sucedió «una sola vez por siempre» (1P 3, 18/ Heb 9, 28).

Como se ve, la primera carta de Pedro está sumergida en esta rica tradición y la propone a sus destinatarios para que en las dificultades que provienen de un mundo hostil, ellos puedan tomar conciencia del enraizamiento vital “en Cristo”, fuente de la esperanza.

### **Extranjeros y peregrinos**

Es la esperanza el centro de inspiración de toda la carta que inicia así: «Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo; en su gran misericordia nos ha regenerado mediante la resurrección de Jesucristo de los muertos, por una esperanza viva» (1,3). Con esta esperanza, después de haber sido regenerados en Cristo mediante el bautismo, iniciamos nuestro camino en este mundo: «Después de haber preparado vuestra mente (literalmente: después de haberse cinto los límites de vuestra mente) a la acción, sed vigilantes, fijad toda esperanza en aquella gracia que os ha sido dada en la revelación de Jesucristo» (1, 13). La gracia, es decir el amor gratuito de Dios, ya donado en Cristo, espera de nosotros una respuesta que implica un largo camino, desde el momento en el cual el don de Dios es una grandeza inextinguible, una novedad perenne que nos pide una adhesión generosa. De hecho, «sobre esta salvación indagaron y buscaron los profetas que profetizaron sobre la gracia destinada a vosotros, tratando de indagar a cuál momento y a cuáles circunstancias se refería el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando predecían los sufrimientos destinados a Cristo y las glorias que seguirían. Y les fue revelado que no para ellos, sino para vosotros, que eran ministros de aquellas cosas que ahora os son anunciadas por aquéllos que han predicado el evangelio en el Espíritu Santo mandado del cielo: cosas en las cuales los ángeles desean fijar la mirada» (1P 1, 10-12). La realidad del amor divino es tan grande que no se extingue ni siquiera por la contemplación de los ángeles. Es este el hermoso significado que san Tomás de Aquino atribuye al final del versículo 12: no que los ángeles sean privados del conocimiento de Dios, sino que ellos nunca se desprenden del contemplar a Dios; están como incendiados por el deseo de penetrar en una realidad que nunca termina.

Un deseo de conocer a Dios que debe incendiar también nuestra vida, así que sea la misma vida a hablar de él. Un deseo y una búsqueda que nos hacen extranjeros en este mundo, que fundamenta su vida sobre otras bases. La vida de nosotros creyentes, según

el autor de la primera carta de Pedro, es el «tiempo de nuestra condición de extranjeros» (1P 1, 17). El término griego *paroikia* significa literalmente “situación de quien es extranjero en un lugar”. La Biblia CEI traduce “peregrinaje”; pero ahora la nueva versión oficial, más cercana al significado literal de la expresión, dice: «comportaos con temor de Dios en el tiempo en el cual vivís aquí en el mundo como extranjeros». *Paroikia* se encuentra una vez más en el Nuevo Testamento y precisamente en Hechos 13, 17, que es el inicio del discurso de Pablo en la sinagoga de Antioquia de Pisidia: «El Dios ... de Israel eligió a nuestros padres y exaltó al pueblo durante su exilio (*paroikia*) en la tierra de Egipto, y con brazo potente lo condujo fuera de allí». En el discurso de Pablo se evidencia el evento de la salida de Egipto como liberación de la condición de extranjero; en Pedro, en cambio, los cristianos continúan permaneciendo en tal condición. Ellos no salen de ahí, sino que deben permanecer «con temor», recordando que han sido liberados con «la preciosa sangre de Cristo, como de cordero sin defectos y sin mancha» (1P 1, 19). Aquí se fundamenta la esperanza que sostiene nuestro camino de extranjeros en este mundo.

## En Cristo

La última palabra que cierra la primera carta de Pedro, es «en Cristo» (1P 5, 14; cfr. también 3, 16; 5, 10). Como se ha dicho, esta expresión, de una intensidad inmensa, recuerda el lenguaje de Pablo y expresa la identidad profunda del cristiano: él es tal porque está “en Cristo”, porque sólo en él, que es como el ambiente vital en el cual se mueve, encuentra el sentido de su vivir y de su operar. En Cristo, se renuevan los motivos de confianza en medio a las pruebas y, sobre todo, aquella libertad y aquel valor que nos hacen testigos humildes y coherentes de la vida que llevamos adentro de nosotros.

Por amor a Cristo vivimos en la sociedad, sometidos a toda institución humana; lo somos pero «como libres... servidores de Dios» (1P 2, 16).

Y nuevamente es el amor de Cristo el que transforma desde adentro las relaciones familiares (cfr. 1P 3, 1-7) y nos da la fuerza para responder con mansedumbre a quien quisiera con prepotencia prevalecer sobre nosotros. A este propósito es significativo el espacio que la primera carta de Pedro dedica a las relaciones entre siervos y patrones. «Estad sujetos – con respecto a los siervos – con profundo respeto hacia vuestros patrones, no sólo a aquéllos buenos y mansos, sino también a aquéllos difíciles. Es una gracia para quien conoce a Dios sufrir aflicciones, sufriendo injustamente; ¿qué gloria sería soportar el castigo si tenéis culpa? Pero si haciendo el bien soportaréis con paciencia el sufrimiento, esto será agradable a Dios» (1P 2, 18-20). La motivación de este comportamiento es siempre y solamente el ejemplo de Cristo. «También Cristo sufrió por vosotros,/ dejándoos un ejemplo,/ para que sigáis las huellas:/ él no cometió pecado/ y no se encontró engaño en su boca,/ ultrajado no respondía con ultrajes,/ y sufriendo no amenazaba venganza,/ sino que ponía su causa en aquél que juzga con justicia./ Él llevó nuestros pecados en su cuerpo/ sobre el leño de la cruz,/ para que, ya no viviendo en el pecado,/ viviéramos por la justicia;/ por sus llagas habéis sido curados» (1P 2, 21-25). Sobre el fondo de Isaías 53 (el siervo sufriente del Señor) está aquí descrito el comportamiento de Jesús en su pasión, como se cuenta en los evangelios. Jesús, el inocente, ultrajado por los judíos y por los paganos, por los jefes y por la gente (cfr. Mc 14, 65; 15, 16-20. 29-32), permanece en silencio (cfr. Mc 14, 61; 15, 5; Lc 23, 9), sin oponer resistencia, fiel a cuanto había enseñado a sus discípulos: «Os digo que no os opongáis al malvado» (Mt 5, 39). Se pone totalmente en las manos de Dios, a quien pide no justicia para los pecadores sino perdón (cfr. Lc 23, 34. 46). En esta forma, como ya había sido profetizado en el Antiguo Testamento, la muerte del siervo del Señor se vuelve instrumento



de solidaridad y de salvación. A tal punto, Cristo ha cargado con nuestra situación de pecadores hasta ofrecer la propia vida: éste es el don que redime.

«De sus llagas hemos sido curados». El autor de la carta, después de haber descrito el comportamiento de Cristo, vuelve a dirigirse a los esclavos en una situación de opresión: ellos han sido curados por el amor de Jesús para que a su vez sean capaces de atestiguar un amor igualmente fuerte y fiel. Aquí es necesario prestar mucha atención: la carta no nos invita a la resignación o a la aceptación pasiva de un ordenamiento injusto, sino nos propone otro modo de reaccionar, que es el de Cristo. Estamos llamados a «seguir las huellas» - una expresión única en el Nuevo Testamento – de aquél quien nos ha dejado un ejemplo, o bien, el de continuar a amar no obstante el odio de los hombres. Al mal se responde «haciendo el bien» y buscando valerosamente todos los caminos posibles para vencer el mal con el amor. El ejemplo de Cristo, por lo tanto, ayuda a los cristianos a acoger, en una forma que no siempre se entiende, la posibilidad del sufrimiento injusto, superando la lógica mundana que hace corresponder con un premio a la buena acción y con un castigo a la mala acción.

En el mundo, el cristiano sufre no sólo por el nombre que lleva (cfr. 1P 4, 16) o por la profesión de la propia fe, sino precisamente por una lógica nueva que guía su forma de vivir. En este sentido se lee la afirmación: «aún si tenéis que sufrir por la justicia, ¡bienaventurados!» (1P 3, 14). La justicia es la fidelidad al ideal de vida enseñado por el evangelio. Una fidelidad posible por quien lleva a Cristo en el propio corazón: «Ya que Cristo sufrió en la carne, también vosotros armaos con los mismos sentimientos; quien ha sufrido en el cuerpo, ha roto definitivamente relaciones con el pecado, para ya no servir a las pasiones humanas, sino a la voluntad de Dios, en el tiempo que le queda en esta vida mortal. Basta con el tiempo transcurrido en el satisfacer las pasiones del paganismo... Por esto encuentran extraño que vosotros no corráis junto con ellos hacia este torrente de perdición, y así os ultrajan» (1P 4, 1-4). «Encuentran extraño»: el mundo no comprende este estilo de vida de los cristianos que a sus ojos parecen «extranjeros y peregrinos».

## «Fraternidad»

Somos extranjeros, pero no lejanos a este mundo. Nuestra coherencia de vida no es una afirmación de nosotros mismos, sino es solamente para la salvación del mundo. Por esto nuestra conducta debe ser «irreprochable, para que mientras os calumnian como ladrones, al ver vuestras obras buenas, lleguen a glorificar a Dios el día del juicio» (2, 12).

Vivamos en el mundo sin muros protectivos; la única defensa es la que nos llega por hacer el bien, por vivir en Cristo. «¿Quién podrá hacer el mal si seréis fervientes en el bien?» (1P 3, 13). Esto nos libera de todo miedo: «No os turbéis por miedo... ni os confundáis, sino que adorad al Señor, Cristo en vuestros corazones, siempre listos a responder a cualquiera que os pregunte la razón de la esperanza que vive en vosotros. Sin embargo, haced esto con dulzura y respeto, con una recta conciencia, porque en el momento en el cual se hable mal de vosotros, sean desvergonzados aquéllos que maldicen sobre vuestra buena conducta en Cristo» (1P 3, 14-16).

Los que están en Cristo forman, al interno del mundo, la «casa de Dios» (1P 4, 17), son las «piedras vivas» sobre las cuales está construida la «casa espiritual» (1P 2, 5) donde se ofrecen «sacrificios espirituales agradables a Dios, por medio de Jesucristo». El término «espiritual» no quiere dar la idea de una oposición con lo que es material. Espiritual es todo lo que se cumple bajo el impulso del Espíritu Santo, es decir del amor de Dios. Toda nuestra vida, en cualquier expresión, se vuelve sacrificio espiritual agradable a Dios si es animada por el amor: «Conservad entre vosotros una gran caridad (*ágape*), porque la caridad cubre una multitud de pecados. Practicad la hospitalidad los unos hacia los otros, sin

murmurar. Cada uno viva según la gracia recibida, poniéndola al servicio de los demás, como buenos administradores de una multiforme gracia de Dios» (1P 4, 8-10). Para la primera carta de Pedro, la Iglesia es ante todo “ágape”, es decir amor sin distinciones y sin límites, y es también “fraternidad”, según la bella definición que se propone después de la invitación a luchar con todas las fuerzas en contra del “enemigo”: «Resistidle firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufrimientos son impuestos a vuestra fraternidad (dispersa) por el mundo» (1P 5,9). Ciertamente es una gran consolación saber que en el camino de fidelidad al evangelio tantos otros hermanos y hermanas luchan junto conmigo. La comunión es el gran baluarte en contra de las fuerzas hostiles del mal. Este es el mensaje que la Iglesia-fraternidad lanza al mundo; ésta es la forma con la cual nosotros, no obstante siendo “extraños” para el mundo, nos sentimos íntimamente solidarios con la humanidad y la amamos profundamente “en Cristo”.

### «Impulsados por el amor de Cristo...»

Estar «en Cristo», idea central en la primera carta de Pedro, resuena también en la Regla de Vida. De hecho, se precisa de inmediato que «nuestro apostolado de testigos es *vivir en Cristo*» todas las realidades de este mundo (artículo 4). El nombre de Cristo llena toda la Regla: nuestro corazón está dirigido a Cristo, «aquél a quien amarás sobre todas las cosas» (artículo 9), es a él a quien seguimos en su pobreza (artículo 14); es sobre su ejemplo que ofrecemos a Dios nuestra voluntad (art. 21) y, en la obediencia, construimos la unidad deseada por Cristo (artículo 24; cfr. también el artículo 36). Como María, «que en la consciente disponibilidad a la voluntad de Dios, ha engendrado al Cristo» (artículo 26), cada hermana, «como quien lleva en silencio a Cristo» contribuye a su nacimiento en el corazón de los hombres (artículo 11). Es Cristo, en el cual vivimos y en cuyo nombre cumplimos todo (artículo 29 y 61), que nos enseña a amar al mundo como él lo ama (artículo 28): de hecho, él ha venido «no para ser servido, sino para servir» (*Mateo 20, 28*) y para aumentar la vida en los suyos (artículo 39). Impulsados por el amor de Cristo-siervo y revistiéndonos de él, podemos liberarnos de comportamientos de defensa y de prejuicios para poder ir al encuentro de los demás con sencillez y disponibilidad (artículos 52 y 58).

La comunión con Cristo crea aquella fraternidad en la cual consiste nuestro verdadero servicio en el mundo. Una fraternidad exigente, en cuanto no es un sentimiento, sino un crecimiento en comunión en la fidelidad al evangelio. Por lo que como Cristo, podremos «igualmente ser signo de contradicción para los demás» y encontrar incomprendimientos y hostilidad. Pero lo que cuenta es el saber perder la vida por amor (artículo 54).

## 7. LIBRES PARA AMAR

*Palabra para la lectio*: «El diseño (de Dios): ... recapitular en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra» (Ef 1, 10)

*Regla de Vida RM 62*: «Según tus capacidades, trata de establecer un diálogo con las diversas culturas con las cuales estás en contacto y con sensibilidad profética aprende a discernir y a realizar lo que en ellas es conforme al Evangelio, cierta de que Dios guía la historia de los hombres a cumplimiento del Reino».

De nuevo reflexionamos sobre la carta a los Efesios (cfr. el quinto esquema) que constituye para el *Regnum Mariae* un texto de inspiración importante. Ef 3, 14-21 constituye

el epílogo de la *Regla de Vida*, la cual contiene todas las alusiones a la carta: cfr. los artículos 5 (el misterio de la Iglesia: Ef 5, 32), 9 y 10 (Cristo en nuestros corazones: Ef 3, 17); 21 (el diseño de la voluntad de Dios: Ef 1. 9ss.; 3, 3-11); 36 (la unidad: Ef 4, 2); 55 (la plena estatura de Cristo: Ef 4, 13); 58 (revestirse de Cristo, el hombre nuevo: Ef 4, 24).

Una presencia tan significativa de Efesios en nuestra regla no es fortuita, considerando que al centro de la carta se encuentra la idea de la unidad como meta final hacia la cual está encaminada toda la creación, y el hecho que la comunidad eclesial es signo de esta unidad con su vida de comunión con Cristo y con los hermanos.

## El amor del Predilecto

El versículo sobre el cual se centra este séptimo esquema hace parte del prólogo de la carta (Ef 1, 3-14): un himno que ciertamente inicia en manera inusual y que en su estructura gramatical presenta múltiples dificultades. Se trata prácticamente de un solo período, con seis verbos en forma infinitiva y el resto está ligado a participios y gerundios. Es como si el autor quisiera abrazar, en un solo respiro, la amplitud de una bendición que, superando los límites de espacio y de tiempo, alcanza la misma infinitud del diseño divino de salvación.

Para orientarnos y casi para retomar aliento en esta única frase gramatical – que en la traducción está justamente dividida en varios períodos -, hagamos nuestra la sugerencia que nos ofrece Luíís Alonso Schökel que acoge en la frase tres “hondas”, cada una concluida en tres referencias a la “alabanza” (v. 6. 12. 14). En la prima honda hay cuatro referencias a Cristo (v. 3: «Padre de nuestro Señor Jesucristo ... bendición *en Cristo*»; v. 5: «por obra de *Jesucristo*»; v. 6: «la gracia que nos ha dado en el *Predilecto*»); en la tercera, una (v. 13: «*en Él* habéis recibido el sostén del Espíritu Santo»).

El texto pertenece al género de las bendiciones, frecuente en la liturgia hebrea: el hombre bendice a Dios, agradeciendo los beneficios recibidos. El texto es trinitario. Al origen está Dios, el Padre de Jesucristo y Padre nuestro por adopción, el cual realiza su diseño por medio de Cristo. En Cristo nos es dado el Espíritu, «sello y garantía».

La primera honda inicia con el título de cristo, es decir “Ungido”, “Mesías”, el esperado. En Él, Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual: es decir que toda la riqueza de Dios ha bajado a nosotros por medio de su Espíritu, de su amor, por el cual Él nos ha elegido antes de la creación del mundo. Se nos abre un horizonte infinito. Nunca fuimos pensados por la Sabiduría divina fuera de Cristo: nuestra existencia no es sólo un estar en el mundo como simples criaturas, sino siempre es un “estar en Cristo”. Desde la eternidad hemos sido elegidos por Dios para vivir y encontrar en su Hijo el sentido de nuestra existencia.

La elección divina tiene una finalidad: «ser santos e inmaculados a su imagen en la caridad». El ser santos quiere decir participar a la misma vida de Dios, el Santo; el ser inmaculados alude a los sacrificios que son dignos de Dios cuando éstos son puros, es decir, cuando son la ofrenda de lo mejor de la creación y con esta ofrenda atestiguan la absoluta señoría de Dios al cual todo pertenece. Dios nos ha elegido, para ser suyos, como lo es el pueblo santo de Israel (cfr. Ex 19, 6), como lo son los «santos del Altísimo» (Dn 7, 22. 27).

«Predestinándonos a ser sus hijos adoptivos» (Ef 1, 5): La predestinación está relacionada con la adopción de hijos; no es una elección arbitraria, por lo que algunos son considerados y otros son abandonados a su destino, no es una amenaza que nos arroja a la derrota y a la desesperación. La predestinación es el don de Dios que nos ha elegido como hijos. Su hijo es Israel (cfr. Ex 4, 23; Is 1, 2; Os 11, 1, etc.); sus hijos son los creyentes en el nombre de Cristo, «los cuales no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad del hombre, sino de Dios han sido engendrados» (Jn 1, 13). «Cuan grande amor nos ha

dado el Padre – exclama el autor de la Primera carta de Juan – para ser llamados hijos de Dios, y ¡lo somos realmente!» (1 Jn 3, 1). Y como todos los dones de Dios, también tal condición de hijos no es sólo un privilegio inaudito sino también un compromiso; de hecho, no puede llamarse hijo de Dios «quien no trabaja la justicia y no lo es quien no ama a su hermano» (1 Jn 3, 10). He puesto en evidencia la conjunción “y” porque aquí ésta debe entenderse en un sentido explicativo, como si fuera escrito: “quien no trabaja la justicia, es *decir*, quien no ama a su hermano”. Trabajar la justicia – es decir la voluntad de Dios – quiere decir amar al propio hermano. El don de la condición de hijos nos abre al compromiso de la fraternidad. La gracia de Dios se nos da no simplemente en vista de la perfección personal, sino para que todos crezcan juntos hacia Dios. De hecho, Él nos ha predestinado, a todos juntos, como hermanos: es el amor – no los ritos especiales de purificación – los que nos hacen santos e inmaculados ante Dios.

Y todo esto «en alabanza y gloria de su gracia que nos ha dado en su Hijo predilecto». Literalmente: «en alabanza y gloria de su *gracia* (=su amor gratuito) del cual nos ha *gratificado* en el Predilecto». Se insiste sobre la gratuidad absoluta del Don del “Predilecto”, de Aquél que así ha sido llamado en el momento del bautismo, cuando descendió sobre él el Espíritu, es decir, la plenitud del amor divino: «Tú eres mi Hijo predilecto, en ti me he complacido» (Mc 1, 11). Jesús, en la oración al Padre, nos demuestra que también nosotros, como él, el Hijo del amor, estamos inundados de este mismo amor: «Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en la unidad y el mundo sepa que tú me has mandado y los has amado *como* me has amado a mí» (Jn 17, 23). Dios nos ama como al Hijo; también del Predilecto, nosotros somos los predilectos.

## Recapitulación

La segunda honda (v. 7-12) comprende el rescato, es decir la liberación del pecado mediante la sangre de Cristo, «según la riqueza de su amor gratuito (*charis*)» que ha versado sobre de nosotros «sabiduría e inteligencia», dones divinos que nos hacen capaces de comprender el «diseño secreto» (el *misterio*) como se realiza en la plenitud de los tiempos, es decir, cuando «Dios mandó a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos» (Gal 4, 4).

El diseño de Dios es el de «recapitular en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra». Cielo y tierra indican en la Escritura, al entero universo creado – como aparece, por ejemplo, en Dt 32, 1 («Escuchad, oh *cielos*: yo deseo hablar: /escuche la *tierra* las palabras de mi boca») o en Is 1, 2 («Escuchad, *cielos*: escucha, *tierra*»), o también el mundo divino y el mundo humano, como en el Sal 135, 6 - «Todo lo que quiere el Señor, / él lo cumple en el *cielo* y en la *tierra*» - o en Is 55, 9 - «Cuanto el *cielo* sobrepasa la *tierra*, igualmente mis caminos sobrepasan vuestros caminos». El “misterio” es por lo tanto, el diseño de crear en Cristo una comunidad universal de los hombres, en paz con Dios y en paz entre ellos, una comunidad que sea el signo de la unidad que sostiene lo creado en la infinita variedad de sus elementos.

El difícil y raro verbo (*anakephalaiousthai*) significa sobre todo “resumir”, “recapitular”. El latín lo traduce con *instaurar* en el sentido de reforzar, defender. Éste tiene en sí, el vocablo que indica la cabeza, *kephalé*, término que la carta a los Efesios atribuye varias veces a Cristo. Él de hecho, «cabeza de la Iglesia» (1, 22; cfr. Col 1, 18), hacia el cual todos crecemos: «viviendo según la verdad en la caridad, buscamos crecer en todo hacia él, que es la cabeza, Cristo, del cual todo el cuerpo, bien compaginado y unido, mediante la colaboración de toda articulación, según la energía propia de cada miembro, recibe la fuerza para crecer y así edificarse a sí mismo en la caridad» (4, 15-16). Es una frase redundante, típica del estilo de la carta. La «verdad en la caridad» es la verdad evangélica, cuyo anuncio puede suceder sólo en el amor, como sólo en el amor se edifica

el cuerpo de Cristo, la Iglesia, cuya unidad tiene como fuente al Espíritu de Dios, su Amor (4, 3). Gracias al amor de Cristo, que es la piedra angular (2, 20) el cuerpo entero de la Iglesia, tenido estrechamente unido por la colaboración de los miembros individuales, cada uno con su propia actividad y característica, crece y se desarrolla. Todo se resume en el amor, como Pablo afirma en la carta a los Romanos, cuando declara que existe para nosotros una sola deuda y ésta es la de «amarse los unos a los otros, porque quien ama al otro [al diverso de uno mismo] ha cumplido la ley» (Rm 13, 8). Todo mandamiento de la ley, de hecho, «se resume (*anakephalaiousthai*) [en el sentido que está incluido y encuentra su sentido pleno] en estas palabras: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Rm 13, 9). Viviendo este amor, como acogida de todos en su diversidad, «todos llegamos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, en la medida que conviene a la plena madurez de Cristo» (Ef 4, 13). La meta es la unidad que nace de la fe, es decir del conocimiento de Cristo, de la experiencia de Su amor. En esta unidad consiste la “perfección” o la madurez del cristiano, ya no prisionero del enjambre de sus pasiones y de sus sentimientos, sino que se convierte él mismo en partícipe de la plenitud de Cristo.

Es el mensaje de Jesús, el mensaje del sermón de la montaña, en donde Jesús pone en clara luz que la raíz de la ley, o sea de la Palabra de Dios, es solamente el amor, un amor sin límites que se extiende hacia los enemigos y nos hace partícipes de la misma perfección del Padre (cfr. Mt 5, 43-48).

En Cristo, continúa el himno, «nos hemos vuelto herederos» (Ef 1, 11). Este “nosotros” es Israel al cual Pablo pertenece: Israel que ha recibido de parte de Dios en herencia la tierra (cfr. Ex 23, 30; Dt 19, 3; Is 14, 1). El don de la tierra representaba el don de Cristo. De hecho, «nosotros [Israel]... primeramente hemos esperado en Cristo» (Ef 1, 12), desde el momento en que Cristo está presente en toda la historia de Israel: presente en la ley y en los profetas (cfr. Rm 3, 21), presente en la promesa hecha a Abraham (cfr. Gal 3, 16), escondido en la Roca que seguía a Israel en sus peregrinaciones en el desierto (cfr. 1 Cor 10, 4). Es de Israel que Cristo ha venido según la carne (cfr. Rm 9, 5).

«Nos hemos vuelto herederos» se puede también entender como que Israel que ha sido elegido como herencia de Dios. (cfr. Dt 9, 29; 32, 9; Sal 78, 71), perteneciente a Él en manera especial. Ahora en Cristo, esta pertenencia se aumenta en cuanto incluye no sólo a Israel, sino también a los paganos, el “vosotros” del versículo 13 que abre la tercera honda (v. 13-14). Los paganos, aunque no esperaban a un mesías prometido, sin embargo, han acogido la «palabra de la verdad», o sea, «la buena noticia de la .... salvación» y os han creído recibiendo el sello del Espíritu Santo, prometido a todos, hebreos y paganos y volviéndose garantía o la prenda del pleno rescate de aquéllos que «Dios ha comprado» (v. 14) como propiedad exclusiva. De dos pueblos Cristo ha creado un solo hombre nuevo (cfr. Ef 2, 15), venciendo toda diferencia religiosa, cultural y racial. Por medio de Cristo «podemos presentarnos, los uno a los otros, al Padre en un solo Espíritu» (Ef 2, 18). A Dios sólo se llega a través de Cristo, nuevo templo, en donde el verdadero culto ya no consiste en los ritos sino en el encuentro de la humanidad en la paz.

## **El mandamiento del amor**

La perfección de la persona humana consiste en el crecimiento hacia «el hombre perfecto» que es Cristo. En él está la plenitud del amor de Dios que desea conducir el universo a encontrarse en Él como una sola cosa.

Nuestra comunidad se construye con personas dispuestas a amar como Cristo. Por esto la regla, se puede decir casi en todos los artículos, recuerda el mandamiento del amor. Ésta recuerda inmediatamente al inicio, que nos encontramos juntas «para llevar a su plenitud el mandamiento de la caridad» (art. 1). Hemos entrado en la familia del Regnum

María sólo por amor; y es para aumentar el amor, que hemos decidido unirnos a otras hermanas y hermanos. Y podemos realizar una «fraternidad evangélica» solamente «mediante una contribución de amor» (art. 2) y permaneciendo «fieles», es decir, conservando bien enraizadas en el corazón «las palabras de Cristo: “por esto todos sabrán que sois mis discípulos, si tendréis amor los unos por los otros” (Jn 13, 35)» (art. 3).

El «amor» nos hace entender y vivir el «misterio de la Iglesia» (art. 5), que es misterio de amor, revelación del proyecto divino para la humanidad. Y este amor se concretiza en un «servicio» que llega «hasta el sacrificio»: es así que cada hermana, a ejemplo de santa María, se realiza «plenamente como mujer» (art. 7; cfr. también art. 57), alcanza aquella madurez que brota únicamente de la capacidad de amar y de donarse.

Los votos de castidad, pobreza y obediencia tienen valor si son expresión de amor. La castidad es un «don de amor total, exclusivo y recíproco», mediante el cual nuestro ser «encuentra la plenitud y la armonía con si mismo, con los hermanos y con todo lo creado» (art. 10).

Como Jesús, «que por amor se hizo pobre» (art. 14), pongámonos nosotros mismos «a disposición ... de todos» (art. 17). No son cosas que debemos dar a los demás; sino nosotros mismos, nuestras energías, nuestras capacidades, nuestro tiempo.

La obediencia es sincera y auténtica cuando expresa el amor con el cual diariamente acogemos las diversas situaciones de la vida. Por amor nos sentimos responsables de la comunidad familiar, civil y eclesial (cfr. art. 23), obedecemos la regla de vida, las decisiones comunitariamente adquiridas, las indicaciones de las responsables y las que surgen en los encuentros fraternos (cfr. art. 24).

La oración alimenta y sostiene el amor al mundo, que debe ser amado «como Cristo mismo lo ama» (art. 28). A partir de la oración adquirimos la luz que nos permite acoger en la Escritura, «en los hombres, en los eventos y en todo lo creado, la voz de Dios y de su amor» (art. 32).

El «amor profundo hacia la Familia» exige «lealtad y disponibilidad» (art. 36), es decir, sinceridad consigo mismo y con los demás, grande transparencia y desapego de los propios intereses. Toda hermana «empujada por el amor de Cristo y libre de comportamientos de defensa y de prejuicios», va «al encuentro de los demás con sencillez y disponibilidad» (art. 52). La libertad de nosotros mismos nos pone en la condición de tener un «diálogo sincero y paciente con todos» (art. 22; cfr. también art. 12) y nos abre a la acogida y a la comprensión de las «diversas culturas» para descubrir las semillas de verdad que el Amor de Dios ha esparcido en todas partes (art. 62). Nuestro trabajo cotidiano es el de eliminar de nosotros mismos todo prejuicio que nos cierre a los demás y aprender a ver “con simpatía” las diversidades en las cuales se expresa la riqueza de la humanidad.

Este amor, que abraza al universo, se comprueba en el ambiente concreto en el cual vivimos; por lo que la regla dice que «el grupo es el primer lugar en el cual se concretiza el amor fraterno» (art. 40).

«Recordando que seremos juzgadas sobre el amor» cada una de nosotras vivirá la tarea de la acogida y de la hospitalidad sobre todo permaneciendo «con predilección junto a las hermanas probadas por el sufrimiento» (art. 38). Ya para nosotros es difícil compartir con sencillez las alegrías; cuánto más arduo es el “permanecer junto”, en el sentido de tomar sobre si, como lo hizo Jesús (cfr. Mt 8, 16- 17), los sufrimientos de los demás. Pero aquí está precisamente el sentido de nuestro estar juntos: ayudarnos a sanar de nuestras heridas, a florecer como personas libres para poder amar más.

La familia «sostiene a las hermanas con la propia fe y el propio amor» (art. 65). Su compromiso es una fuerza enorme que da a todos el deseo de levantarse de las caídas y de las tristezas y retomar el camino.

Quien tiene tareas de responsabilidad, debe recordar que el suyo es sólo un servicio de amor que debe aumentar la vida en los demás (cfr. art. 39; art. 64 y 66). No existe servicio más hermoso que éste, porque nos hace verdaderamente siervos como lo ha sido Jesús: «yo vine para que tengan la vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10).

Y para que la vida crezca en una capacidad de don siempre más grande (cfr. art. 63), la regla nos recuerda un valor fundamental: el amor al estudio, entendido en su significado más amplio: estudio de la Escritura, de la liturgia, de la historia de la iglesia y de la historia de los hombres, estudio de la vida y de las realidades en las que vivimos (cfr. art. 56). El estudio, por lo tanto, como deseo de buscar siempre, de entender, de renovarse, de liberarse de los preconceptos. Aquí está la grande esperanza; aquí se expresa el aliento más profundo de nuestra alma; conocer a Dios y amarlo sobre todas las cosas.

## **8. «HE AQUÍ QUE HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS» (Ap 21, 5a) UNA COMUNIDAD UNIDA EN LA FE Y EN EL AMOR**

*Palabra para la lectio:* «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el cielo y la tierra de antes habían desaparecido y el mar ya no existía... Y Aquél que estaba sobre el trono dijo: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”» (Ap 21, 1.5)

*Regla de Vida RM 50:* «Siente la responsabilidad de especializarte en el sector en el cual trabajas y actualízate en el campo teológico y social, según tus aptitudes, capacidades y posibilidades... para una siempre más intensa y atenta participación al plan salvífico de Dios, que se actúa a través de las cambiantes situaciones de los tiempos».

Hemos comenzado este año con el capítulo 1 del *Génesis* para reflexionar sobre el mundo, creado “bueno” por Dios, y sobre nuestra relación con él. Hemos enfrentado, en la medida de nuestras posibilidades, un tema central relacionado, como se decía en el primer esquema, las “raíces de nuestro carisma” como personas que desean vivir el Evangelio permaneciendo inmersas en las realidades mundanas. Con este último esquema, llegamos al término de la historia, cuando un nuevo cielo y una nueva tierra serán finalmente conformes al diseño de Dios creador.

### **La nueva creación**

«Vi...»: es la visión que coge el significado central de la Escritura, el sentido profundo de la creación, el sentido escondido de los eventos. Son necesarios nuevos ojos para ver más allá de las simples apariencias, para acoger el bien que Dios ha colocado en el mundo, para no dejar caer como insignificante ningún momento, hasta el más modesto, humilde y cotidiano.

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva: de hecho el cielo y la tierra de antes habían desaparecido y el mar ya no existía» (Ap 21, 1). “El cielo y la tierra de antes” son los actualmente existentes y destinados a desaparecer, o mejor dicho, a transformarse en una “nueva creación”. El mar, símbolo del caos informe provocado por el mal, se ha como secado por el soplo del Espíritu. Todas las fuerzas negativas que hacen infeliz la vida humana han sido vencidas por el amor: de hecho, «ya no existirá la muerte, ni el luto, ni el lamento, ni la fatiga, porque todas las cosas de antes han pasado» (Ap 21, 4).

«Vi también la ciudad santa, la nueva Jerusalén, bajar del cielo, de Dios, lista como una esposa adornada para su esposo» (Ap 21, 2). La ciudad santa de Jerusalén, la comunidad de Dios, es nueva como son nuevos el cielo y la tierra, impregnada de la novedad que es Cristo. Éste “baja del cielo” porque no es obra humana sino don de Dios;

es de origen divino, pero desarrolla una misión en el mundo; baja siempre, porque su realidad debe penetrar lentamente en el mundo y recrearlo de nuevo como morada de Dios: «¡He aquí la morada de Dios con los hombres! Él vivirá entre ellos y ellos serán su pueblo y él será el “Dios con ellos”» (Ap 21, 3). Dios no quiere ser simplemente “Dios”, sino “Dios con ellos”. Éste es su verdadero nombre, es decir su propio modo de ser: nombre ya anunciado por Isaías (cfr. 7, 14), atribuido a Jesús en el momento de su nacimiento (cfr. Mt 1, 23) y llevado a cumplimiento con la resurrección: «Estaré con vosotros por siempre» (Mt 28, 20). La nueva Jerusalén, es decir la comunidad de los pueblos nacida por la pascua del Señor, tiene en el mundo la tarea de hacer presente el amor de Dios. Y lo hará presente y concreto en la medida en la que sabrá abrirse a las miserias de la humanidad. Por medio suyo, Dios «secará toda lágrima de sus ojos» (Ap 21, 4). «No lloréis más» (Lc 7, 13), «no lloréis...» (Lc 8, 52), «¿por qué lloras?» (Jn 20, 12): tantas veces Jesús ha encontrado a personas infelices y se ha detenido para acoger el sufrimiento y decir esta palabra de consolación. En donde está Dios, no puede existir desesperación; pero es sólo mi amor el que hace presente Dios en la vida de los demás.

«Y El que estaba sentado en el trono dijo: He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5a). Dios siempre hace nuevas todas las cosas; Él es el Creador y no cesa de crear; crea y crea de nuevo, siempre en su Verbo eterno: «todo ha sido creado por medio de él, y sin él nada ha sido creado de todo lo que existe» (Jn 1, 3). Por esto, «si uno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas son pasado, y han nacido otras nuevas» (2 Cor 5, 17). Quien vive en Cristo, ya en este tiempo presente es una criatura nueva. La novedad no comporta un desajuste cósmico, el final de este mundo; en cambio toca a la persona en su vida más íntima y profunda. Es dentro de la persona que nace la nueva creación.

«Y añade: Escribe porque estas palabras son fieles y verdaderas» (v. 5b). “Fiel” y “Verdadero” son los nombres del Verbo de Dios que, envuelto en un manto cubierto de sangre, cabalga sobre un caballo blanco (cfr. Ap 19, 11-13). Fiel y veraz, porque Dios no olvida sus promesas: «Fiel es la palabra...; si nosotros faltamos de fe, él permanece fiel, porque no puede renegarse a si mismo» (2 Tim 2, 11. 13). La novedad de Cristo se actuará en la historia, porque Dios lo ha prometido.

¡Qué grande esperanza, más bien certeza, se abre ante nosotros! ¡Y también qué compromiso para nosotros! Dios es fiel, su palabra es segura, su promesa de vida nunca se cancelará; la creación, por lo tanto, no puede terminar en la nada, aunque si el hombre, en la ceguera de su egoísmo, puede destruir este mundo maravilloso creado por Dios. La terrible perspectiva de una catástrofe ecológica está siempre ante nosotros. Éste es el Apocalipsis provocado por el hombre. Pero el Apocalipsis bíblico es otra cosa: es la revelación de Dios eternamente fiel a su creación, Dios presente en la historia como su origen y su último fin. Una vez que Dios ha dado la vida, ésta no puede ser cancelada. La muerte no tiene ningún poder; más bien, con la muerte, dice el prefacio de la misa de los difuntos, «la vida no se destruye sino se transforma». Y es precisamente esta certeza que sostiene nuestra paciente lucha para mejorar las condiciones del vivir humano, que nos infunde esperanza en el compromiso a favor de la vida.

La historia, según la Escritura, se abre con la bendición de la creación y se cierra con la palabra de Aquél que está sentado en el trono: «He aquí que hago nuevas todas las cosas». «Yo hago»: es decir, hago siempre, continuamente. La creación está siempre en acción. Así los salmos:

«Mi auxilio viene del Señor, que *hace* [literalmente: el haciendo, el que siempre hace] cielo y tierra» (Sal 121, 2).

«Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hace el cielo y la tierra » (Sal 124, 8).

«Desde Sión te bendiga el Señor, que hace el cielo y la tierra» (Sal 134, 3).

«El Señor da la bendición y la vida por siempre» (Sal 133, 3).



Nosotros creemos en esta promesa de vida y queremos ponernos generosamente a su servicio.

«¡He aquí que ha sucedido!» (Ap 21, 6a). ¿Qué cosa? No existe un sujeto expreso. Tenemos que pensar en las palabras o en las promesas anteriores: ellas se consideran ya realizadas, cualquiera sea su efectivo vencimiento cronológico. Y es así, porque Dios está presente en la historia, de ella es «Alfa y Omega, el Principio y el fin» (v. 6b); y es esta presencia la que da su sentido a la historia. Una presencia que, una vez más, pide un comportamiento espiritual muy preciso: «A quien tiene sed, daré gratuitamente agua de la fuente de la vida» (v. 6c). «Quien tiene sed, venga; quien quiera, tome gratuitamente el agua de la vida» (Ap 22, 17). «Quien tiene sed...»: es el deseo de la samaritana (cfr. Jn 4, 14) que sólo Jesús puede colmar; el deseo de algo más, el deseo de sumergirse en el «río de agua viva limpia y cristalina» que proviene del trono de Dios y del Cordero (Ap 22, 1), de dejarse transformar por la novedad de Cristo.

### La ciudad-esposa

Esta sed ardiente se expresa en el grito con el cual el Apocalipsis se cierra: «¡Ven... Ven, Señor Jesús!» (22, 17.20). Es la famosa invocación aramea «*Maranathá*»<sup>[12]</sup>, que aparece en la conclusión de la primera carta de Pablo a los Corintios: «Si alguien no ama al Señor, sea anatema. *Maranathá*: ¡Ven, oh Señor! La gracia del Señor Jesús esté con vosotros... Amén» (16, 22). Puede parecer extraña la presencia de un término arameo no traducido en la carta que Pablo dirige a una comunidad compuesta sobre todo de cristianos de origen no judío. Pero todo se vuelve claro si se piensa que esta palabra se había vuelto familiar en cuanto que era recurrente en la liturgia comunitaria. Otro texto proveniente del cristianismo de las primeras generaciones, el *Didaché*, describe la liturgia eucarística y retoma la invocación *Maranathá*: «Si alguien ama al Señor, ¡que venga! / Si alguien no ama al Señor, ¡sea anatema! *Maranathá*». Como se ve, san Pablo, hasta en forma concisa, repite la fórmula de la *Didaché* que considera el momento importante de la liturgia, la oración, es decir, por la venida del Señor o por la afirmación de su presencia. A partir de este centro, se explican la invitación y la advertencia o amenaza: en la eucaristía el hombre encuentra a su Señor que es al mismo tiempo salvador y juez. El cristiano está invitado a recibir los bienes que se le ofrecen, representados por el pan y el vino; y es al mismo tiempo puesto en guardia porque, como dice el apóstol, no se debe comer el pan ni tomar el cáliz indignamente (1 Cor 11, 27).

También en el Apocalipsis el grito ¡Ven, Señor Jesús! se eleva de parte de la comunidad reunida para el culto eucarístico. Todo el libro del Apocalipsis, como se sabe, tiene la estructura de una celebración litúrgica, que se desarrolla el domingo y tiene sus momentos de proclamación de la palabra, de escucha, de diálogo, de alabanza. Es la comunidad que a partir de la celebración eucarística, toma luz para comprender la realidad en la cual vive, y fuerza para poder resistir valerosamente en la fidelidad al evangelio, no obstante las hostilidades y las persecuciones.

De esta comunidad, la ciudad-esposa en la cual se refleja la luz de la creación nueva en donde Dios será todo en todos, el Apocalipsis describe la belleza. Ella «posee la gloria de Dios» (21, 10), está toda llena de Él. «La ciudad no necesita de la luz del sol, ni de la luz de la luna porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero» (21, 23). Dios es su riqueza; la comunidad no tiene otra cosa que donar, sino el amor de Dios.

Tiene «una grande y alta muralla con doce puertas... Las murallas de la ciudad están apoyadas sobre doce cimientos, sobre los cuales están los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero» (21, 12. 14). La ciudad forma una unidad sostenida toda junta por la palabra del Señor anunciada por los apóstoles. La palabra de Dios funda su unidad.

«La ciudad tiene forma de cuadrado, su largo es igual a su ancho... el largo, el ancho y el alto son iguales» (21, 16). Es decir, la ciudad tiene proporciones perfectas: en una comunidad, unida por la fe y por el amor, se encuentra toda la perfección deseada por Dios.

«Las murallas están construidas con piedra y la ciudad es de oro puro, similar a la textura del cristal. Los cimientos de las murallas .... están adornados de todo tipo de piedras preciosas... Y las doce puertas son doce perlas; cada puerta formada por solo una perla. Y la plaza de la ciudad es de oro puro, como cristal transparente» (21, 16- 17. 21). La ciudad tiene una preciosidad incomparable; no existe ninguna realidad creada que pueda valer como una comunidad en donde viven el respeto, la estima, la acogida recíproca.

«No vi ningún templo en ella porque el Señor Dios, el Omnipotente, y el Cordero son su templo» (21, 22). Toda la ciudad es un templo, es una realidad sagrada, porque Dios está presente en ella y en cada uno de sus miembros. Recordemos la conclusión del capítulo primero de la Regla de San Agustín: respetaos los unos a los otros porque sois templos del Señor.

«En medio de la plaza de la ciudad y de una parte a otra del río, se encuentra un árbol de vida que da doce cosechas y produce frutos cada mes; las hojas del árbol sirven para curar a las naciones» (22, 2). El vivir en común es una novedad perenne, una fecundidad inextinguible. A partir de la comunidad se libera una fuerza vital que cura: es la fuerza del amor, aquella fuerza que salía de Jesús cuando pasaba en medio de la gente y curaba a todos.

## Responsabilidad

Trabajar en las realidades temporales para ordenarlas hacia Dios por medio de Cristo (cfr. art. 46) es el trabajo escondido que toda hermana del Regnum Mariae desarrolla en la fidelidad a su vocación "secular". El plan de Dios es que el mundo se renueve en Cristo, encuentre de nuevo en el amor, aquella unidad por la cual ha sido creado. «Para una más intensa y atenta participación al plan de salvación de Dios» la regla pide a toda hermana la responsabilidad de especializarse en el sector en el cual trabaja y mantenerse actualizada en el campo teológico y social, naturalmente según las aptitudes, capacidades y posibilidades de cada una (art. 50). La vocación secular, como compromiso «a dar testimonio del Evangelio y a estar al servicio de la Iglesia y de los hombres, permaneciendo en el mundo» (art. 1), comporta una tarea ardua en el asumir y entender la complejidad de las situaciones humanas (cfr. art. 4), para estar al interno de esa levadura de novedad. Esta tarea exige un estudio intenso, en su significado más amplio (cfr. art. 56), como se mencionaba en el séptimo esquema: es decir, un estudio que abra los ojos hacia las personas y hacia los eventos contemporáneos y que dé la capacidad de discernir lo que de bueno ha sembrado el Espíritu. Quisiera proponer de nuevo, en relación a esto, un párrafo muy importante de la Exhortación apostólica postsinodal de Juan Pablo II sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo (*Vida consagrada*, 1996), es decir, el párrafo 98 dedicado a la evangelización de la cultura y al compromiso cultural. Cito algunos pasajes:

«[...] al interno de la vida consagrada hay una necesidad de un *amor renovado para el compromiso cultural*, de dedicación al estudio como medio para la formación integral y como recorrido ascético, extraordinariamente actual, ante la diversidad de las culturas [...] El compromiso en el estudio no se puede reducir a la formación inicial o al obtener títulos académicos y de competencias profesionales. Esto es mas bien una expresión del deseo inextinguible de conocer más a fondo a Dios, abismo de luz y fuente de toda verdad humana. Por esto, tal compromiso no aísla a la persona consagrada en un abstracto intelectualismo, ni la encierra en las espirales de un narcisismo sofocante; en cambio la impulsa al diálogo y al compartir, es formación a las capacidades de juicio, es estímulo a la

contemplación y a la oración, en la continua búsqueda de Dios y de su acción en la compleja realidad del mundo contemporáneo.

La persona consagrada, dejándose transformar por el Espíritu, se vuelve capaz de ampliar los horizontes de los angustiosos deseos humanos y, al mismo tiempo, de acoger las dimensiones profundas de todo individuo y de su historia, más allá de los aspectos más vistosos pero con frecuencia marginales. Innumerables son los campos de retos que emergen a partir de las diversas culturas [...] con los cuales es urgente el mantener fecundas las relaciones, con un comportamiento de vigilante sentido crítico [...].»

El estudio nace a partir del deseo de conocer, de entender; y sólo quien ama desea conocer siempre más a fondo la realidad amada, comprenderla en su valor más íntimo y hacerla suya. Sólo quien ama deja a un lado sus puntos de vista particulares, para que así, libre de prejuicios, logre acoger “las dimensiones profundas de todo individuo y de su historia”. Por lo que el amor al estudio así intenso no puede ser extraño a una vocación que quiere amar al mundo con el mismo amor con el cual Dios lo ama.

---

[1] Confrontar una introducción al Antiguo Testamento (por ejemplo la editada por la LDC) o también la introducción al Pentateuco en la Biblia de Jerusalén.

[2] El verbo que indica esta acción del Espíritu podría también significar, según una posibilidad valorizada por el siríaco y conocida también por San Jerónimo, “empollar”, con alusión, atestiguada en varias culturas, al huevo cósmico empollado por la potencia divina. También nuestro p. David Turolto, en su poesía *Prodigio extremo*, acoge esta interpretación, considerando la imagen del Espíritu «que empolla en los riscos de los orígenes» como aún más «del Génesis... casi el Espíritu esté empollando el huevo de la vida. ¿Por esto tal vez Espíritu es principalmente femenino en el hebraísmo, y en el cristianismo está representado por una paloma?» (en *Últimos cantos*, Milán 1991, p. 211 y nota).

[3] El hebreo, no teniendo un superlativo, recurre frecuentemente a esta expresión. Por lo tanto “montes de Dios”, “flamas de Dios”, quieren decir montes altísimos o flamas particularmente vivas (cfr. Cant 8, 6). Nínive es una ciudad “grande ante Dios”, es decir una ciudad grandísima (cfr. Gen 3,3).

[4] Cfr. por ejemplo el salmo 104, en donde es clara la función creadora del Espíritu: “Si escondes tu rostro, no existen, / le quitas tu espíritu, mueren / y regresan al estado de polvo. / Manda tu espíritu y serán creados, / y renuevas la faz de la tierra”. (v. 29-30; cfr. también salmo 33,6; Jb 33, 14-15).

[5] *Confesiones*, XIII, 5, en *Obras de San Agustín*, I, Città Nuova, Roma 1965, p. 455.

[6] *Confesiones*, XIII, 12, *ibidem*, p. 463.

[7] Cfr. “Diccionario Teológico del Antiguo Testamento”, I, Marietti, Turín 1978, p. 566.

[8] Verdaderamente seis veces se dice “bueno” y la séptima “muy bueno”.

[9] *Confesiones*, XIII, 28, en *Obras de San Agustín*, I, p. 495.

[10] Silvano desempeña la tarea de secretario-redactor y esto explicaría el buen nivel de la lengua griega en la cual está escrita la carta. Además, Silvano pertenece al círculo de los colaboradores de Pablo (cfr. Hch 15, 40; 18, 5; 2 Cor 1, 19; 1 Tes 1, 1; 2 Tes 1,1) y esto explicaría la razón del influjo de la tradición paulina que es evidente en las instrucciones y en las exhortaciones de la carta.

[11] La traducción CEI agrega “de persecución”, pero el término falta en el texto griego.

[12] La expresión aramea *Maranathá* está compuesta por dos palabras que se pueden leer en forma diversa: o *Marana tha*, y entonces es una oración: ¡Ven, Señor!; o bien, *Maran atha*, y entonces es una afirmación: el Señor ha venido, o también el Señor está presente.